



**«UN HOMBRE CULTO,
UN EUROPEO DE NUESTROS
DÍAS, ¿PUEDE CREER,
REALMENTE CREER,
EN LA DIVINIDAD DEL HIJO
DE DIOS, JESUCRISTO?»**

Ejercicios espirituales de los universitarios
de Comunión y Liberación

RIMINI, DICIEMBRE 2009

Edita: Asociación Cultural Huellas

HUELLAS



En portada: foto Stefania Malapelle

Edita: Asociación Cultural *Huellas*

Maquetación: Imán Comunicación

Viernes 4 de diciembre, noche

Por pequeña que sea la conciencia que cada uno tiene ahora, será difícil que no se sienta verdaderamente necesitado, falto de algo, deseoso; no en vano hemos hecho el esfuerzo de venir desde tan lejos para estar aquí. Este deseo que nos ha movido, que nos ha traído hasta aquí, se convierte ahora en grito. ¿Por qué un grito? Porque todos los intentos que hemos hecho para responder a nuestra necesidad son insuficientes. Necesitamos a Alguien más grande que nos dé la plenitud que todos nuestros intentos no consiguen darnos. En esto consiste la verdadera inteligencia del hombre. Seríamos unos estúpidos presuntuosos si no reconociéramos esta evidencia elemental que hay en nosotros. Por este motivo, como hombres conscientes de lo que somos, de la necesidad que tenemos, con toda nuestra inteligencia, con toda nuestra conciencia, no podemos dejar de gritar, gritar al Espíritu, a la energía del Misterio, para que nos conceda lo que nosotros no somos capaces de darnos.

Desciende Santo Espíritu

Os saludo a cada uno de vosotros, que habéis llegado desde Austria, Bélgica, Francia, Alemania, Irlanda, Holanda, Perú, Portugal, España, Suiza, Turquía, Uganda e Italia.

En todas las contribuciones que habéis enviado para el trabajo de estos Ejercicios, se pone de manifiesto con claridad cuál es la situación en la que somos llamados a vivir la vida. Es particularmente bonito, como veremos ahora, que las preguntas que surgen en vuestras vidas brotan del hecho de que estáis presentes en la realidad, en las circunstancias, en el ambiente. Es la vida la que hace surgir las preguntas, la que apremia dentro de las circunstancias; y esto nos hace darnos más cuenta aún, precisamente porque no estáis fuera del ambiente de la realidad, de cuál es el drama del momento histórico que estamos viviendo, de la confusión que nos rodea (como decíamos este verano), de la dificultad para que se haga la luz en el camino. Muchos de vosotros sentís de forma urgente la necesidad de una certeza para vivir, de una claridad en el camino. Y esto me recuerda ese pasaje del *Fedón* de Platón que hemos leído tantas veces, que describe nuestro drama: nosotros, como todos, deseamos

atravesar la vida, con todas sus dificultades (el piélagos, en la imagen que él utiliza para la vida), en un transporte seguro que impida que la perdamos.

Estamos inmersos en un cambio histórico. Hemos nacido en una circunstancia histórica en la que la tradición ya no se transmite de forma mecánica. Nos encontramos ante algo distinto que nos obliga a elegir y a dar razones de por qué elegimos una cosa y no otra. Ya no es posible subirse a la cinta transportadora para dejarnos llevar de forma mecánica. Ya no existe esa cinta transportadora, como podía suceder en el pasado, cuando, por haber nacido en un cierto ambiente, en un cierto país, a uno le resultaba más fácil. Hoy en día, para vivir sin ser arrollados por el torrente de la confusión, hace falta más que nunca un “yo”, y esto lo percibimos todos.

Me escribe Sharon: «Acabo de llegar al hospital de San Rafael, después de haber estudiado tres años en la Bicocca. Se me está presentando con fuerza la exigencia de justificar todo aquello que me parecía consolidado y casi dado por descontado. La relación con los compañeros de curso, la representación estudiantil, el Banco de alimentos, repartir los distintos manifiestos: al vivir esta realidad me estoy encontrando inesperadamente con el método en el que hemos sido educados en este periodo: el juicio. Cualquier momento es una ocasión apremiante para preguntarme por qué y para descubrir qué hay al final del recorrido, es decir, qué me mueve. No me basta con estar allí en la fila, y empiezo a hacerme todas las preguntas posibles, desde por qué quiero llegar pronto a la universidad cuando espero el autobús por la mañana, hasta preguntarme: yo, ¿qué soy?». Nuestra experiencia pone de manifiesto la necesidad de hacer el trabajo en el que estamos insistiendo desde el verano.

Dice Michele: «Mi primera reacción después del *Équipe* fue de dificultad a la hora de aceptar que el ingrediente que faltaba fuera la experiencia. Me había impactado la propuesta de afrontar de raíz la confusión y el aburrimiento del presente, pero la medicina, es decir, la experiencia, me parecía demasiado amarga, casi exagerada. El comienzo de la universidad, las mesas de matriculación, los exámenes, el cambio de apartamento, la sentencia sobre los crucifijos y los ataques a la CUSL me han ayudado a comprender que el trabajo que Carrón nos invita a hacer no es un discurso nuevo que tengamos que aprender, sino la posibilidad real de un cambio. No estoy acostumbrado a ir más allá de la superficie, a dar voz a esas preguntas persistentes que habitan en el corazón y se agitan a cada impacto con la realidad: ¿Por qué? ¿Me basta esto? ¿Quién hace esta realidad? De esta forma

la percepción del Misterio se ha vuelto más frecuente a lo largo del día, y ha introducido un respiro nuevo». «Porque, sin juicio, nuestra vida parece guiada por la suerte», como dicen Andrea y sus amigos de Perugia.

Porque es la realidad misma la que nos fuerza. Carlo nos hace una descripción del panorama: «Durante los meses de septiembre y octubre se multiplicaron a la entrada de la secretaría de la universidad las mesas de matriculación; un poco más allá de nuestra mesa, se pusieron también los jóvenes leninistas, algunos jóvenes ex- toxicómanos que pedían dinero para las perreras en Milán, un grupo de expertos que proponía un curso de memorización rápida y, finalmente, una mesa de homosexuales. Una feria. Es imposible vivir en la universidad, poner una mesa, estudiar, encontrarse con la gente, ir a clase, sin tener un punto firme, sin juzgar lo que sucede. Ante todo esto, me he dado cuenta como nunca de la necesidad de verdad y de significado que todos expresan en la universidad. A menudo me pregunto cómo respondo yo. ¿Cuál es la verdadera necesidad?».

No es que uno se las dé de intelectual; es la vida la que apremia, y ante esta vida que apremia ya no nos basta la repetición de cosas como si fuésemos papagayos, como dice María Piera de L'Aquila: «Cuando se produjo el terremoto, todo se derrumbó para mí, y me di cuenta de que las cosas que creía haber comprendido no eran mías, sino que las repetía como un papagayo. La teoría estaba, pero no sabía siquiera poner un ejemplo partiendo de la experiencia, y me parecía haber tirado a la basura los años en el movimiento». Ya no nos sirve ser así.

El asunto de los crucifijos lo ha puesto de manifiesto, como nos cuenta Lucca desde Roma: «El día de la sentencia de la Corte Europea estaba en casa con gripe, y tuve por tanto algún tiempo para ver los informativos de la televisión y para escuchar los comentarios de los políticos e incluso los debates; tuve también algún tiempo para leer las noticias en todos los periódicos digitales y los artículos de los periodistas más importantes. Quería aprovechar el tiempo de que disponía para desentrañar la noticia y hacer un juicio verdadero. En seguida me di cuenta de que ese juicio no brotaba con claridad y profundidad de forma proporcionada al número de artículos que había leído, a las horas de telediario que había escuchado. Por la noche volvió a casa mi hermano y me pregunto: “Lucca, ¿qué opinas del asunto del crucifijo? ¿Qué idea te has hecho?”. No sabía qué responder. Me había bebido literalmente las noticias, pero sin una implicación personal. Sólo sabía repetir

mecánicamente los comentarios de otros, y esto me resultaba profundamente insuficiente, y me pareció que no llegaba nunca a la respuesta a la pregunta que me apremiaba, ante la reducción del crucifijo a signo de nuestra tradición, de nuestra identidad, que no ofende a nadie. Es como no llegar nunca al nudo de la cuestión, a la pregunta decisiva: ¿Por qué vale la pena conservar el crucifijo? Por tanto, ¿qué representa para mí ese Hombre clavado en la cruz? Puedo llevar conmigo esta pregunta todos los días, sin la prisa de sacar del bolsillo la respuesta justa. Y luego, la sorpresa ante el manifiesto». O como dice Michele: «El desafío lanzado por el manifiesto, con la pregunta [la misma que hemos elegido como título para estos Ejercicios] que proponía al final, es como una bofetada a mi forma de vivir todos los días, en un periodo en el que mi vida cotidiana, tanto la universidad como la familia, parece estar cada vez más lejana y separada de la pretensión de Cristo sobre esta misma vida. Que un trozo de papel me preguntase explícitamente: “¿Puedes tú, Michele, creer, creer realmente en la divinidad del Hijo de Dios?” no era algo dado por descontado, es más, habría podido seguir alejado como siempre y continuar mis días como si Cristo no incidiese en ellos. Y sin embargo la pregunta ha llegado, ha herido mi actitud de desapego, se ha abierto camino en mi corazón y en mi razón, y me he dado cuenta de que puedes distraer al corazón, pero no engañarlo. No se pueden extirpar esas exigencias elementales sobre las que he empezado a trabajar este año en la escuela de los de primer curso, aunque esté ya en segundo. Y ese trozo de papel —es decir, el manifiesto—, efectivamente ha desmontado mi presunción. ¿Por qué plantearme el problema del hecho de Cristo? Además, soy de CL, sé que existe, es suficiente para mí. Pues no. En mi actitud de darlo por descontado se ha revelado toda la pequeñez de mi apego a Cristo. A medida que el tiempo pasaba, Cristo permanecía, pero no cambiaba nada en la vida, daba igual que estuviese o que no». O como dicen los de la Bovisa: «Después de haber repartido el manifiesto a propósito de la sentencia de la Corte Europea sobre los crucifijos, nos encontramos con algunos amigos para intercambiar impresiones. Si las primeras líneas del manifiesto plantean el problema desde el punto de vista social, con el porcentaje de italianos escandalizados por la sentencia, ya desde el segundo párrafo el desafío se traslada al nivel personal. “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”. Esta pregunta ha roto cualquier posibilidad de afrontar el problema al margen de ella, como si fuésemos espectadores bien pensantes. Muchos de nosotros habrían preferido defender el crucifijo sin implicarse con Cristo, defender nuestros

intereses de cristianos pero sin aportar el argumento decisivo para nosotros: Cristo es un Hombre. Podríamos habernos alineado cómodamente en la facción más numerosa, la de la defensa de la cultura occidental, pero se nos ha propuesto implicarnos hasta el punto de decir quiénes somos, hasta el punto de expresar lo que es más querido para nosotros en la vida, hasta llegar a decir quién es Cristo para nosotros».

Si no nos tomamos en serio todas estas preguntas, el último chaval que ha llegado nos pone en apuros, como describe Matilde: «La última vez que fui a la caritativa, hace algunas semanas, ayudé a un chico árabe a estudiar la Revolución Francesa en relación con Italia. En un momento dado, ese chico me pregunto si el Papa era nuestro Dios. Me encontraba en una situación extraña, tenía que explicarle mi religión desde el principio. Empecé a hablarle de la vida de Jesús hasta llegar a la Eucaristía. Nunca me había resultado tan difícil exponer una cuestión. Según hablaba, me daban ganas de callarme, porque se insinuaba la duda de que no fuese verdad o de que estuviese diciendo cosas absurdas, duda hostigada por las preguntas insistentes del chico: “Pero, ¿cómo pudo descender a los infiernos? ¿Cómo puedes decir que los apóstoles no se lo inventaron todo? ¿Por qué le siguieron? ¿Cómo es posible que un trozo de pan se convierta en carne?”».

Esto introduce, amigos, lo que escriben Guido y sus amigos de la Bicocca: «La pregunta que recoge el título de los Ejercicios espirituales se está volviendo menos retórica en estos tiempos, cada vez menos retórica. El trabajo de la Escuela de comunidad que hemos hecho durante el verano y la reanudación de la universidad nos está ayudando a comprender que la fe, y lo que nace de ella, no se puede dar por descontada o por garantizada por nuestra pertenencia a CL. Nos damos cuenta de esto cuando nos vemos en acción en las circunstancias de todos los días, y a menudo percibimos que actuamos como todos ante las provocaciones personales, como el estudio, las relaciones, la presencia en la universidad, o las que tienen que ver con todo nuestro pueblo, como la sentencia sobre los crucifijos. Creemos que el origen de esta falta de originalidad reside en la falta de afecto al juicio, en la falta de costumbre de comparar lo que sucede ante nuestros ojos con las exigencias que nos constituyen. A veces nuestra pertenencia parece no incidir en el modo de vivir la realidad. El inconveniente del que habla el manifiesto no está tan lejos de nosotros, es más, tras una apariencia formal [subirse justamente a la cinta transportadora] se esconde a veces una total autodeterminación a la

hora de decidir cuál es el criterio con el que juzgar la vida, que al final nos lleva siempre a asumir el criterio sugerido por el poder. Pero esta forma de actuar demuestra su insuficiencia por el malestar que provoca en nosotros, malestar que se nos ofrece como posibilidad de volver a empezar».

Dice también Giacomo: «Ante este título no he podido evitar una cierta resistencia al tema: ¿cómo es posible, después de un año trabajando sobre qué es la fe, cómo nace, que todavía me pregunte si un europeo de nuestros días, es decir yo, puede creer en la divinidad de Jesucristo? ¿No es suficiente haber respondido que sí de una vez por todas? ¿Qué más me pides? Sin embargo, soy consciente de que detrás de esta resistencia se esconde el rechazo a dejarme interrogar personalmente por la pregunta. Es como apartar la mirada de uno que te pregunta: ¿En qué crees? Remitirse a una respuesta ya dada, ya consolidada, quiere decir no responder».

Cada uno de nosotros puede reconocerse en uno u otro de los testimonios de nuestros amigos, de los que brota con claridad la necesidad que todos sentimos, el deseo, el anhelo que experimentamos ante la vida. Y esto nos dice hasta qué punto apremia dentro de nosotros el tema de nuestros Ejercicios, como dice Francesco: «Nosotros estamos juntos como hombres que se toman en serio su propia vida, también las dificultades». No tenemos necesidad de esconderlas, no debemos tener miedo de ellas, podemos mirarlas a la cara, porque no estamos solos, y por eso podemos hacer que este deseo y esta urgencia se conviertan en un grito: ¡Ven Señor Jesús! Ven para darnos la plenitud, la capacidad de estar ante la realidad sin vernos arrastrados por lo que contemplamos ante nuestros ojos. Amigos, estamos juntos para mirar todo esto a la cara.

Pidamos a Cristo que se haga tan presente en estos días para cada uno de nosotros, que podamos reconocerLe, de modo que podamos marcharnos con una conciencia mayor, con una conciencia más aguda de Su presencia y por tanto de Su victoria. Y que encuentre en cada uno de nosotros la disponibilidad, la apertura del corazón, la sencillez que Él necesita para entrar en nuestra vida y salvarla. Porque, como nos recordaba siempre don Giussani, el protagonista de la historia es el mendigo: «Cristo, mendigo del corazón del hombre, y el corazón del hombre, mendigo de Cristo»¹. A este Cristo, que se hará presente en medio de nosotros mendigando nuestro corazón, sólo puede responder uno que mendiga el corazón de Cristo.

¹ L. Giussani, «En la sencillez de mi corazón te he dado todo con alegría», en L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, p. 14.

Sábado 5 de diciembre, mañana

1. LA NATURALEZA DE NUESTRA HUMANIDAD

«Un hombre culto, un europeo de nuestros días, ¿puede creer, realmente creer, en la divinidad del Hijo de Dios, Jesucristo?»². El desafío que nos plantea la pregunta de Dostoievski se dirige a un hombre con toda su capacidad de razón, con todo su deseo de libertad, con toda su capacidad de afecto: un hombre que no renuncia a nada de su humanidad. En el cartel de Navidad hemos utilizado este pasaje del entonces cardenal Joseph Ratzinger: «¿Puede la fe seguir triunfando hoy en día?... Sí, porque corresponde a la naturaleza del hombre. En el hombre vive un anhelo y una nostalgia inextinguibles de lo infinito. Ninguna de las respuestas que ha buscado resulta suficiente. Tan sólo el Dios que se hizo finito, a fin de rasgar nuestra finitud y conducirnos a la amplitud de su propia infinitud, puede salir al encuentro de las preguntas de nuestro ser. Por eso, también hoy en día la fe volverá a encontrar al hombre»³.

Cuando estuve este verano en Sao Paulo, en el encuentro con los sacerdotes de América Latina, había un sacerdote nuevo al que habían invitado, y una noche me dijo en la cena (habían pasado un día entero, antes de que yo llegase, leyendo los Ejercicios de la Fraternidad): «En el seminario siempre he escuchado decir que tenía que olvidarme de mí mismo, que tenía que dejar fuera mi “yo”. Me ha impresionado muchísimo que lo que dice don Giussani es justamente lo contrario: que para que nuestra fe pueda ser verdaderamente fe lo que falta es la humanidad». Fue como un relámpago que me hizo comprender cuál es la actitud con la que uno puede afrontar el problema de Cristo, el problema de la fe hoy en día, con la que uno puede afrontar esta pregunta de Dostoievski: dejando fuera la humanidad (y entonces será difícil –como dice el cardenal Ratzinger– que la fe cristiana pueda encontrar al hombre). Uno podría pensar, para atenuar la cuestión, que este sacerdote no estaba familiarizado con la modalidad con la que nosotros hemos sido introducidos en la fe por el encuentro con

² Cfr. F.M. Dostoievski, *I demoni; Tacuini per “I demoni”*, a cargo de E. Lo Gatto, Sansoni, Florencia 1958, p. 1011.

³ Cfr. J. Ratzinger, *Fe, verdad y tolerancia*, Sígueme, Salamanca 2005, p. 121.

don Giussani, pero cada vez estoy más convencido de que esta posición está mucho más difundida de lo que creemos, también entre nosotros.

Para nosotros la humanidad es casi un obstáculo, una complicación, un estorbo: sería mejor que no existiese. Hasta tal punto que nuestro malestar, nuestra insatisfacción, nuestra tristeza y nuestro aburrimiento son cosas que tenemos que eliminar o que apartar. O, todavía peor, son un escándalo: «¿Cómo es posible que yo sea todavía así? ¿Por qué existe en mí esta insatisfacción, esta tristeza?». Y nos parece que nuestra humanidad es como un escollo que hay que superar, hasta el punto de pensar que primero debemos poner en orden esta humanidad y tal vez, luego, podremos empezar la relación con Cristo. Es como si nuestra humanidad fuese en realidad un obstáculo en esta relación. Nos mostramos así como víctimas de la mentalidad dominante, y sucumbimos a la ilusión de que podemos poner en orden nuestra humanidad solos. ¡Ved hasta qué punto incide en nosotros la mentalidad común, la mentalidad de todos! Ya en nuestra forma de mirar nuestra humanidad concebimos todos los signos (el malestar, la insatisfacción, la tristeza, el aburrimiento) como límites que hay que ordenar o evitar.

Sin embargo, estos signos nos dicen cuál es la naturaleza de nuestro “yo”, quiénes somos nosotros: relación con el Infinito. Se trata de signos que nos hacen conscientes de que nuestro deseo es mayor que todo el universo, que la percepción del vacío («necesidades y vacío»⁴) de la que habla Giacomo Leopardi, o el aburrimiento profundo del que habla Martin Heidegger⁵, son la prueba de nuestra estructura humana, del carácter inexorable de nuestro corazón, de la inmensidad de nuestro deseo. Y por eso nada es capaz de apagarlo.

Nuestro intento por resolverlo tiene como primer paso, como origen, un juicio que es equivocado: consideramos todo esto como una maldición, como el signo de algo que no funciona, cuando en realidad es el signo de nuestra grandeza. Es más, la insatisfacción, la tristeza y el aburrimiento hablan de la potencia de nuestra humanidad, de la amplitud y la profundidad de nuestro deseo. Precisamente porque el deseo es ilimitado, me encuentro acusando a las cosas de insuficiencia y de nulidad. Gracias a Dios no podemos ponerlo

⁴ G. Leopardi, «Pensamiento LXVIII», en *Poesía y prosa*, Alfaguara, Madrid 1990, p. 466.

⁵ «El aburrimiento se encuentra todavía lejano cuando lo único que nos aburre es este libro, este espectáculo, esta ocupación o esta ociosidad, pero irrumpe cuando “uno está aburrido”», en M. Heidegger, *Hitos*. Alianza, Madrid, 2000, pp. 93-108.

en orden: «Al igual que una torre / en campo solitario»⁶, reaparece de nuevo esta exigencia de cumplimiento. Todos estos hechos testimonian que somos relación con el Infinito: el malestar, la tristeza y la insuficiencia son signos de esto, no son anomalías, como pensamos muchas veces, no son enfermedades de las que curarnos con fármacos (como sucede cada vez más a menudo, cuando se confunde la inquietud del corazón con el ansia o el pánico). Todos estos signos documentan que nuestro yo es irreductible.

Por tanto, amigos, es inútil querer poner en orden el deseo de Infinito, no lo conseguiremos, aunque hagamos de la distracción nuestro sistema de vida.

El verdadero obstáculo no es nuestra humanidad: «El mayor obstáculo para el camino del hombre es el “descuido” del yo. Lo contrario de este “descuido”, es decir, el interés por el propio yo, es el primer paso para caminar de un modo verdaderamente humano. Parece obvio que se tenga este interés, pero de ningún modo es así»⁷.

¿Por qué no ha vencido en nosotros este descuido? ¿Por qué nosotros, a pesar de todo, nos hallamos aquí con esta pregunta, con la conciencia de nuestra necesidad? El hecho es que nosotros hemos conocido a uno con el que hemos podido experimentar que este “descuido” no es el único camino a recorrer, que existe otro más verdadero, porque no está obligado a censurar lo humano –como sucede muchas veces en nuestra sociedad: precisamente en esto demuestra su error, porque una solución que deja fuera un factor de la realidad demuestra por sí misma que es falsa–. Nosotros tenemos la fortuna de conocer a uno que nos dice por el contrario: «Lo más importante es sentir la humanidad de lo que nos hace sufrir, lo humana que es la tristeza del límite. Aquello de donde puede partir todo es algo positivo [mirad qué cambio de juicio: para nosotros es una dificultad, ¡para él es algo positivo!]. Sólo de algo positivo [...] Se parte sólo de un bien. Uno puede sufrir una grave tentación; una fuerte tentación no es algo demoníaco: es una potencia del cuerpo y del alma, es señal de humanidad. ¿Por qué se me da esta humanidad? Ésta es la pregunta que se insinúa, si uno toma conciencia de su humanidad como punto de partida, si entiende que la tentación del instinto y la tristeza, indica una positividad humana, es una capacidad humana, supone una humanidad. ¿Por qué se me da esta humanidad? Éste

⁶ G. Leopardi, «El pensamiento dominante», in *Poesía y prosa*, op. cit., p. 191. vv. 18-19.

⁷ L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, p. 7.

es el punto, aquí empieza el hombre: ¿Por qué se me da esta humanidad?»⁸.

Y entonces, uno que se hace una pregunta así, empieza a mirar su propia humanidad no como un obstáculo, sino como un bien, como un recurso, no como un enemigo, sino como un aliado.

Como escribe un amigo nuestro: «Desde hace un año han cambiado muchas cosas, he crecido mucho en este camino. Quiero hablar sobre mí y sobre mi tristeza. Lo que ha pasado este año es que he empezado a mirar de frente mi humanidad, todos mis errores, mis problemas, todo lo que parece que me quita la felicidad. Desde el momento en que empezado a mirarlos, he empezado a darme cuenta de que esta tristeza no era contraria, no se oponía a mi felicidad, es más, era el medio a través del cual yo me daba cuenta de que Él estaba. Con esta tristeza estás vivo, buscas algo que dé sentido a tu tristeza. Cuando experimento esta tristeza, que ahora es cotidiana, ya no la escondo, porque es el instrumento a través del cual Él se hace presente».

Ésta es la mirada que nosotros hemos encontrado, por la que podemos mirar nuestra humanidad sin necesidad de censurarla. En el Evangelio vemos que no había necesidad de esta censura, de este olvido de lo humano: «En aquel tiempo, Jesús salió y se retiró al país de Tiro y Sidón. Entonces una mujer cananea, saliendo de uno de aquellos lugares, se puso a gritarle: “Ten compasión de mí, Señor Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo”. Él no le respondió nada. Entonces los discípulos se acercaron a decirle: “Atiéndela, que viene detrás gritando”. Él les contestó: “Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel”. Ella los alcanzó y se postró ante él, y le pidió de rodillas: “Señor, socórreme”. Él le contestó: “No está bien echar a los perros del pan de los hijos”. Pero ella repuso: “Tienes razón, Señor; pero también los perros comen las migajas que caen de la mesa de los amos”. Jesús le respondió: “Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas”. En aquel momento quedó curada su hija. Alejándose de allí, Jesús llegó hasta el mar de Galilea, subió al monte y se sentó en él. Acudió a él mucha gente llevando tullidos, ciegos, lisiados, sordomudos y muchos otros; los echaban a sus pies y él los curaba [no había necesidad de esconder nada, de descuidar nada: el hecho de ser tullido, lisiado o ciego no era una dificultad, era el recurso que les empujaba a buscarLe]. La gente se admiraba al ver hablar a los mudos, sanos a los lisiados, andar a los tullidos y con vista a los ciegos, y dieron gloria al Dios de Israel. Jesús llamó a sus discípulos y les

⁸ L. Giussani, *Afecto y morada*, Encuentro, Madrid 2004, p. 45.

dijo: “Me da lástima de la gente, porque lleva ya tres días conmigo y no tiene qué comer. Y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que se desmayen en el camino” [y después hizo la multiplicación de los panes]»⁹.

No es que aquéllos pusieran primero en orden todas sus necesidades y luego fueran a ver a Jesús. Fue la enfermedad, fueron sus necesidades las que les llevaron a Él: lo que para nosotros sería un obstáculo es precisamente lo que les empujaba a buscarLe.

Por eso no podemos no tener esa mirada de simpatía por nuestra humanidad: «Cristo llega [...] justamente aquí, a mi situación de hombre, de uno, por tanto, que espera algo porque siente que le falta todo [...]. Primero de todo tenemos que abrirnos a nosotros mismos, es decir, darnos cuenta vivamente de nuestras experiencias, mirar con simpatía lo humano que hay en nosotros. Debemos tomar en consideración lo que verdaderamente somos. Considerar significa tomar en serio lo que sentimos, *todo*; descubrir *todos* sus aspectos, buscar *todo* su significado»¹⁰.

Pero, ¿cómo es posible, después de haber conocido a uno que tiene esta mirada llena de simpatía por lo humano, después de haber leído muchas veces y escuchado muchas veces estos textos del Evangelio, cómo es posible que sintamos todavía lo humano como un estorbo, como una objeción, como algo que hay que poner en orden previamente? ¿En qué ha terminado la simpatía por lo humano? Entonces surge una pregunta todavía más poderosa: ¿Por qué se me ha dado esta humanidad? ¿Qué tiene que ver mi humanidad con la fe, con la pregunta de Dostoievski? Pues, si no la tomo en consideración, si no la tomo en serio, no podré responder a esta pregunta de forma verdadera, humana y razonable.

2. EL RECONOCIMIENTO DE CRISTO

Mi humanidad se me ha dado para reconocer a Cristo. Por eso, si yo la censuro, no podré reconocerLe. «El valor de una persona no lo captamos directamente, como si lo viésemos. La intimidad de una persona sólo se deja comprender en la medida en que se revela, y se revela a través de sus “gestos”, como también a través de los signos [el amor de nuestra madre no lo vemos, vemos sus signos]. Podrían compararse con esos síntomas que para el médico son manifestaciones de una realidad no perceptible directamente

⁹ Mt 15, 21-32.

¹⁰ L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 1997, p. 60.

a su observación. Cuanto más genial es el médico, más capacidad tiene de valorar los síntomas. Igualmente, para captar y juzgar el valor de una persona a través de sus gestos hace falta “una genialidad” –una “genialidad humana”–. Se trata de una capacidad psicológica más o menos desarrollada o más o menos favorecida. Se compone de tres factores: la sensibilidad natural, una educación realmente completa y la atención. [...] La capacidad de la que estamos hablando no está necesariamente medida por el nivel de santidad o de irreprehensibilidad ética; sino que, al estar en juego la relación elemental de lo particular con el todo, es más definible como apertura original del ánimo [...]. Jesús advierte continuamente en el Evangelio de la necesidad de eso que hemos llamado genialidad moral [humana] para poderle comprender»¹¹. Si no desarrollamos plenamente nuestra humanidad, no podremos llegar con certeza a responder a la pregunta de Dostoievski sobre la identidad total de Jesucristo: «Igualmente, para afrontar la concepción moral de Jesús y para valorar la personalidad de la que emana, tiene que darse una cierta humanidad, una posibilidad de correspondencia humana con Él. [...] Eso que hemos llamado genialidad religiosa, esa franca apertura última del espíritu, aunque sea a partir de dotes naturales distintas en cada uno de nosotros, es algo en lo que tiene que comprometerse continuamente la persona. La responsabilidad de la educación es grande; pues esa capacidad de comprender, aunque sea connatural, no es algo espontáneo»¹².

¿Cómo se nos educa en esto? A través de la lealtad con las cosas que nos suceden, que vuelven a abrir la herida, que nos abren, que nos hacen comprender cuál es nuestra necesidad. Por eso, si nosotros censuramos nuestra humanidad, si no somos leales con lo que sucede, no podremos estar totalmente abiertos para reconocer a Cristo.

Para nosotros esta humanidad es con frecuencia una etapa que superar, como si fuese un obstáculo. Pero reducir el sentido religioso, esta apertura original, a una mera premisa –algo que se da mucho antes de encontrar el cristianismo, antes de encontrar a Cristo, antes de encontrar el movimiento, pero que después hay que eliminar– es el signo de que no hemos comprendido qué es el sentido religioso, qué es el cristianismo y qué es el carisma. Para introducirnos en el conocimiento de Cristo don Giussani nos ha dicho: «Para afrontar el tema de la hipótesis de una revelación y de la

¹¹ L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2001, pp. 99-100.

¹² *Ibidem*, p. 102.

revelación cristiana, no hay nada más importante que la pregunta sobre la situación real del hombre. No sería posible apreciar plenamente qué significa Jesucristo si antes no apreciáramos bien la naturaleza del dinamismo que hace del hombre un hombre. Cristo se presenta, en efecto, como respuesta a lo que soy “yo”, y sólo tomar conciencia atenta y también tierna y apasionada de mí mismo puede abrirme de par en par y disponerme para reconocer, vivir, agradecer y admirar a Cristo. Sin esta conciencia incluso Jesucristo se convierte en un mero nombre»¹³. Todos deberíais aprenderos este pasaje de memoria, y no lo digo por decir.

Un mero nombre no sirve para responder a la urgencia de la vida. Para que yo pueda reconocer, vivir y admirar a Cristo necesito esta conciencia atenta, tierna y apasionada de mí mismo. Por eso el cristianismo presenta un gran inconveniente: necesita de los hombres para ser entendido y vivido. Hombres, es decir, ese nivel de la naturaleza en el que ella adquiere conciencia de sí misma. Si la humanidad no vibra –como hemos visto en el Evangelio ante las curaciones–, ningún discurso religioso resultará persuasivo. Para ser cristianos hoy, no podemos contentarnos con repetir el discurso. El cristianismo no posee otra “arma” que el ser humano que vive como tal, que se renueva y que hace brotar su humanidad renovada. El cristianismo tiene por tanto este gran inconveniente: necesita de los hombres. Si no hay hombres, no habrá cristianismo. Hombres, es decir, gente que vive la grandeza de la pregunta, porque sin ello el cristianismo no puede ser entendido ni vivido. Para poder comprender de qué se trata, qué es el cristianismo, hacen falta hombres, pues de otro modo hablamos de Cristo sin comprender nada. Y luego nos descubrimos desarmados ante los desafíos de la vida.

Nos encontramos entonces ante esta cuestión: por una parte, lo humano es para nosotros muchas veces un obstáculo a poner en orden, a olvidar o a ignorar, pero, por otra, sin lo humano yo no puedo comprender qué es Cristo. Lo hemos visto: por nosotros mismos nos desinteresamos, nos espantamos o nos escandalizamos, hasta el punto de que encontrar a alguien que tenga esta simpatía por su humanidad es casi un milagro. Observad cuando habláis entre vosotros: la mayoría de las veces es para lamentaros. Con frecuencia digo a las personas que vienen a mí con sus quejas: «¡Lo que tienes que hacer esta noche antes de irte a dormir es dar gracias de que exista todavía una herida en tu humanidad!».

¹³ *Ibidem*, p. 9.

3. EL AFECTO A UNO MISMO

¿Qué hace falta para que yo no tenga miedo de mi humanidad? ¿Qué puede hacerme mirarla con simpatía? ¿Cómo mantenerla despierta? ¿Cómo es posible el afecto a uno mismo, el afecto por mi humanidad tal como es?

Don Giussani nos dice que «el hombre no es capaz de ser él mismo, de permanecer siendo hombre, sin la ayuda de Cristo. Sin la ayuda de Cristo el hombre no sabe qué es pedir, no comprende que su naturaleza es ser deseo, por tanto, se escandaliza de que su deseo no se vea satisfecho. [...] Pero por sí mismo, solo, es tan incapaz de ser él mismo que, sin Cristo, no sería ni siquiera hombre. De hecho, olvidaría que es deseo de felicidad y, blasfemando, diría: “Estoy hecho para la felicidad y me niegan alcanzarla”»¹⁴.

Ésa es la situación que no podemos eliminar, ésta la herida que no conseguimos curar, la insuficiencia que constantemente encontramos en las respuestas que tratamos de darnos. Y Jesús entra precisamente en este nivel para desvelarnos quién es: «¿Quién es Jesús? La pregunta se hizo. Y Él respondió. Respondió desvelándose a través de todos los gestos de su personalidad [...]. Pero el “gesto” más iluminador y, por tanto, el “signo” más significativo es [...] el sentimiento global y definitivo que tiene del ser hombre. Sólo lo divino puede “salvar” al hombre; es decir, las dimensiones verdaderas y esenciales de la figura humana y de su destino sólo pueden ser “conservadas”, esto es, reconocidas, proclamadas y defendidas por aquél que es su sentido último»¹⁵. Es decir, sólo Dios es capaz de abrazar mi humanidad en toda su irreductibilidad, y por tanto sólo Él puede desvelarme a mí mismo qué soy, por qué estoy hecho así, cuál es la razón de mi insatisfacción y de mi tristeza, por qué se me ha dado esta humanidad.

Por eso cuando alguien se encontraba con Él y se sentía mirado así... Pensad en Zaqueo: ¡Qué conmoción, que intensidad en aquella mirada! Esto le bastó a Zaqueo para reconocer que ese hombre era Dios: «En la concepción de la vida que Cristo proclama, en la imagen que da de la verdadera estatura del hombre, en la mirada realista que tiene sobre el ser humano: aquí es donde el corazón que busca su destino percibe la verdad en la voz de Cristo que habla; aquí es donde el corazón “moral” capta el

¹⁴ L. Giussani, *Afecto y morada*, op. cit., pp. 49-50.

¹⁵ L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 103.

signo de la Presencia de su Señor»¹⁶. Se nos ha dado esta humanidad para poder reconocerLe; si la censuramos, ¿cómo podremos reconocerLe?

Podemos hacerlo porque la mirada de Jesús no nos asusta, porque toda nuestra incapacidad de responder es abrazada: con Él puedo mirarme verdaderamente sin miedo. ¿Quién puede mirar verdaderamente a un hombre sin miedo, sin reducirlo, sino Dios? Jesús manifiesta quién es en la forma de mirar nuestra humanidad irreductible. El amor a nosotros mismos no nos lo puede dar más que nuestra madre, durante algún tiempo, y luego Dios. Y justamente la predicación del amor a nosotros mismos, del amor a nuestra persona, es el síntoma de que Cristo es Dios, de que es divino, porque nadie nos dice que nos amemos a nosotros mismos, nadie es capaz de amarnos así. Por tanto, cuando nos encontramos con alguien así, encontramos paz, alcanzamos la leticia porque descubrimos el amor a nosotros mismos.

Entonces el signo de que Cristo es Dios no es una teoría ni una filosofía: es una mirada, es una forma de tratar lo humano, es el modo con el que Él se relacionaba con las personas con las que se encontraba, tal como eran, antes de que cambiaran, con su humanidad necesitada, herida, llena de necesidad.

Pero puede existir una objeción importante. De hecho, cuando se puso en la universidad el manifiesto sobre la cuestión de los crucifijos, alguien borró el “es” de “Cristo es un hombre vivo” y escribió encima: “Era”. Debemos aceptar este desafío a fondo: Cristo, ¿“es” un hombre vivo o “era” un hombre vivo? ¿Podemos nosotros, europeos cultos de nuestros días, responder a esta pregunta?

¿Cómo sabemos que Cristo está vivo hoy y hace razonable la fe ahora? Sólo lo sabremos si encontramos en el presente una mirada así, una mirada humana. Aquí no podemos hacer trampas. Yo puedo reconocer que Cristo está vivo ahora si puedo abrazarme a mí mismo ahora, si puedo tener este afecto por mí mismo ahora, porque el primer resultado de la relación con Cristo es el afecto por uno mismo, el amor a uno mismo. Pero, ¿qué puede hacer que sea permanente el amor a mí mismo? Decía don Giussani que «un Cristo como hecho histórico lejano [“era”] puede ser leído como una página bonita de literatura, puede dar incluso un estímulo momentáneo, puede generar emoción, puede despertar nostalgia, pero ahora, con

¹⁶ *Ibidem*, p. 103.

mis fuerzas que flojean, con mi cansancio, mi fácil melancolía, con este masoquismo extraño que la vida actual favorece, con esta indiferencia y con el cinismo que la vida de hoy ofrece como remedio necesario para no sufrir un cansancio excesivo e indeseado, ¿cómo puede uno, en nombre de un discurso, aceptarse y aceptar a los demás?»¹⁷.

Si el cristianismo es sólo un hecho histórico del pasado o un discurso, entonces no puedo abrazar ahora mi humanidad y mi límite. Si Él no es una Presencia, si no ha vencido a la muerte, si no ha resucitado, y por tanto no es el dominador de la historia, si no es el Señor del tiempo y del espacio, si no es mío ahora, como lo fue de Andrés y de Juan hace dos mil años, entonces yo vuelvo a ser nada. Porque, como hemos visto, «no podemos permanecer en el amor a nosotros mismos si Cristo no es una presencia como la madre lo es para su hijo»¹⁸.

4. CARISMA Y CONTEMPORANEIDAD DE CRISTO

Entonces el desafío es éste: ¿existe o no existe ahora esta mirada? Aquí radica la consistencia del cristianismo: la contemporaneidad de Cristo ahora. Aquí radica la verdad del carisma que hemos encontrado, y es la primera respuesta a la pregunta de si Él está presente ahora. ¿Por qué? Porque una mirada sobre lo humano como la que nos testimonia don Giussani nosotros no la podríamos ni siquiera soñar. Y no porque don Giussani tuviese un temperamento particular: la mirada que nos testimonia don Giussani –tendríamos que borrar la mitad de lo que ha dicho para eliminar esta mirada– es el signo más potente de la contemporaneidad de Cristo para nosotros; es el signo de que el carisma es un don del Espíritu, al que hemos visto vibrar en esa mirada.

El carisma es el síntoma más contundente de la contemporaneidad de Cristo, hasta el punto de que ha hecho posible lo que para nosotros era imposible: el afecto hacia nosotros mismos. Poder mirar nuestra humanidad así, poder tener ahora una simpatía por nuestra humanidad, no sólo leyéndolo en un texto del pasado, sino encontrándolo ahora en una humanidad, es el signo de la contemporaneidad de Cristo. Esto es lo que me ha permitido comprender por qué yo le buscaba, por qué ante mi humanidad, que a veces no soportaba, que me costaba abrazar, volvía casi

¹⁷ L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, Bur, Milán 2009, p. 76.

¹⁸ *Ibidem*, p. 77.

por intuición a leer a Giussani: porque ahí –no comiendo con él, sólo podía verle una vez al año– encontraba una mirada que no existía en ningún otro sitio. Esto es lo que me hacía apasionarme cada vez más por Cristo y hacía que cada vez estuviese más agradecido a Giussani, más apegado a él, porque me introducía cada vez más en la mirada de Cristo sobre mí.

Y esto es lo que sigue sucediendo ahora; lo habéis testimoniado vosotros, no son teorías.

Me escribe una de vosotros: «Desde hace aproximadamente un año mi vida ha cambiado completamente de forma extraordinariamente gratuita y no buscada por mí, ha sido una gracia. El verano de 2008 fue fundamental para darme cuenta de que existe un modo más bello de vivir todas las cosas. Fui a trabajar a un hotel de Mazzin di Fassa durante algunas semanas. No sabía nada del movimiento de Comunión y Liberación, pero tenía ante mí personas que gracias a su mirada y a la forma que tenían de relacionarse entre ellos, me conquistaron [porque una mirada así es imposible para el hombre, y cuando uno la halla, no puede dejar de reconocerla]. Era evidente que vivían más felices que yo: se veía en sus ojos, en su actitud, en sus palabras. Una vez terminado el verano estaba convencida de una cosa: yo quería vivir exactamente como ellos. Y así, sin perder el contacto con la gente que había conocido en la montaña, empecé a conocer el movimiento. Al principio, debo reconocerlo, tenía una cierta desconfianza, un poco por orgullo, un poco porque provenía de una realidad totalmente distinta de la de Comunión y Liberación, y en mi familia no podía ni siquiera atreverme a hablar de ciertos temas [¿Qué es esto que ni siquiera la tradición familiar puede impedir?]. En resumen. He vuelto a casa después de esas semanas paradisíacas en la montaña, y nada, nada en mi vida ha vuelto a ser como antes [¿veis cómo es el corazón el verdadero interlocutor de Cristo? Y por ello todo cambia en un momento]».

Otro amigo nuevo me escribe lo siguiente: «Conocí el movimiento en abril, porque algunas personas que pertenecían a él me pidieron que me presentara a las elecciones universitarias, a lo que dije que sí sorprendido por la seriedad de la propuesta, y porque me había impresionado su forma de vivir cotidianamente la universidad. Empecé poco a poco a ir con ellos a la Escuela de comunidad y a estar con ellos en la facultad. Me impresionaba cómo me tomaban en serio. Y yo sé que esto sucede porque está Cristo».

Escuchad lo que dice esta chica: «Nunca olvidaré mi primer día de universidad. Llegué al Politécnico un poco desorientada, porque venía de otra ciudad y no conocía a casi nadie. Ya en las escaleras de acceso había un montón de gente repartiendo folletos, papeles, propaganda. Sin conocerles aún, yo había reconocido a los del movimiento por su forma de estar, por cómo te daban su papel, aparentemente como los otros. Después de la muerte de algunos amigos muy queridos, la pregunta sobre el motivo por el que merecía la pena vivir, sobre si hay algo que perdura, se había vuelto apremiante para mí. Cuando entré en la universidad el primer día y vi a los de CL, suspiré aliviada y pensé: son ellos. Entonces experimenté lo que he escuchado decir sobre el método de la fe. Había escuchado muchas veces el ejemplo que dice que cuando vuelves a casa y hueles el perfume de la pasta, piensas enseguida: mi madre me ha preparado pasta [es así de sencillo, como percibir el olor de la pasta]. Para reconocer al Misterio se sigue el mismo proceso. Para mí ha sido así. Entonces me pregunté qué había cambiado. ¿Por qué ese ejemplo que antes me parecía lejano se había vuelto tan verdadero en aquellas escaleras? Era yo la que cambiaba. En aquellas escaleras estaba yo, sola, un poco asustada, pero deseosa de ver aquel lugar, de comprender dónde estaba mi aula. Me hallaba allí con mi humanidad, con mi miedo, con mi soledad, pero deseosa de ver. Empecé a mirar lo que había y, ¡qué maravilla! He descubierto que el único trabajo es ser sencillos para reconocer lo que tenemos ante los ojos. Por eso estoy agradecida».

Otra carta: «En mayo se celebraron las elecciones universitarias, y con ese motivo conocimos en un café a un chico de Nazaret. Desde entonces empezó a venir con nosotros cada vez más, e incluso empezó a asistir a la Escuela de comunidad, que encontraba un poco extraña, pero muy bonita. Durante el verano volvió a su casa, pero el mismo día que regresó me llamó para que nos viéramos. En estos meses he visto que si uno se deja tocar por el hecho de Cristo, como él, la vida cambia, y lo hace radicalmente. Ahora la Escuela de comunidad no es sólo bonita, sino que es para él “lo que siempre había sentido en mi corazón pero que nadie me había dicho antes”». Aquí y ahora, no sólo hace dos mil años: aquí y ahora. Una mirada así es signo de lo divino, signo de la presencia de Cristo, de su contemporaneidad, porque es completamente imposible para el hombre. Y esta mirada no está sólo en don Giussani, al que muchos de vosotros ni siquiera habéis conocido personalmente. ¡Ahora! Su presencia permanece ahora.

Sólo si tenemos estos hechos en la mirada podremos afrontar verdaderamente la pregunta de si un hombre culto de nuestro tiempo, un europeo de nuestros días, puede creer realmente en Jesucristo. ¿Es posible, tiene sentido la fe para un hombre culto? Como hemos visto, la experiencia de la fe comienza con este toparse con el fenómeno de una humanidad nueva, distinta, una humanidad que corresponde con las exigencias originales de nuestra persona. Por eso, empezar a creer coincide con un hecho (un cierto encuentro, una cena, una forma determinada de estar en la universidad, la relación entre nosotros) que desafía mi razón por su novedad, por su excepcionalidad, por su acento de verdad. No es leer sin más un pasaje del Evangelio o un libro, sino un hecho humano, un encuentro humano. Y mi razón tiene que hacer las cuentas con esa experiencia.

Mirad lo que hemos leído en la Escuela de comunidad sobre lo que es la fe: «Hay algo en nuestra experiencia que viene de fuera de ella: imprevisible, misterioso, pero que entra en nuestra experiencia. Si es imprevisible, no inmediatamente visible, misterioso, ¿con qué instrumento de nuestra personalidad captamos esa Presencia? Con ese instrumento que se llama fe. Llamamos a este instrumento “fe” para usar un término que no se reduzca y agote en el concepto de razón. Porque la comprensión de la experiencia en sus factores inmediatamente experimentables es objeto de la razón. [...] Pero nosotros percibimos en la experiencia el soplo o la vibración o las consecuencias de una Presencia sorprendente, que no se puede explicar. Es un encuentro sorprendente: por eso sólo algo que está más allá de la razón puede intuirlo, comprenderlo, y a esto lo llamamos fe, que es una inteligencia de la realidad, una inteligencia de la experiencia. [...] He dicho que la fe es una forma de conocimiento que está por encima del límite de la razón. ¿Por qué está por encima del límite de la razón? Porque capta una cosa que la razón no puede captar: “La Presencia de Jesús entre nosotros”, “Cristo está aquí ahora”. La razón no puede percibirlo como percibe que tú estás aquí, ¿está claro? Sin embargo, no puedo dejar de admitir que está. ¿Por qué? Porque hay un factor aquí dentro, un factor que determina esta compañía –que produce ciertos resultados en esta compañía, ciertas resonancias–, tan sorprendente que, si no afirmo que hay algo diferente, no estoy dando razón de la experiencia, porque la razón es afirmar la realidad experimentable según la totalidad de los factores que la componen, con todos sus factores. Puede haber un factor que la compone cuyo eco se siente,

cuyo fruto se percibe, cuyas consecuencias se ven también, pero que no se logra ver directamente. Si digo “entonces no está”, me equivoco, porque elimino algo de la experiencia, y dejo, por tanto, de ser razonable»¹⁹.

Y esto es lo que reconocéis vosotros. Mirad lo que escribe esta amiga que ha vuelto a Rumanía para hacer la tesis: «En ese periodo he vivido de una forma que no me esperaba. Al verme tan contenta, libre y sin miedo, he descubierto en mí la conciencia de ser amada, de ser querida allí, en ese lugar. Me he preguntado de dónde nacía esta conciencia. Me ha venido a la mente un episodio que ocurrió este verano, cuando fui a visitar a algunos amigos que estaban estudiando juntos. Allí me impresionó la forma de relacionarse entre ellos. Una forma totalmente deseable. La belleza de su relación me suscitó una pregunta: ¿Cómo es posible? Es necesario hacer las cuentas con algo que hay ahí dentro, en la experiencia que tengo. Y la respuesta ha sido: una compañía tan deseable sólo es posible por la presencia de Cristo».

Os leo otro testimonio: «No podía fingir no haber visto que era posible vivir a la altura de ese deseo que me laceraba. No podía fingir no haber visto. La razón debe hacer cuentas con algo que toca, que está en la experiencia. Me he rendido ante la evidencia y he dejado espacio a lo que sucedía. Han pasado cuatro años y esa experiencia se ha convertido en la carne de todos los días: Cristo presente. Y la realidad ha explotado ante mis ojos, ahora es completamente para mí, he descubierto quién soy y Quién cumple mi vida. Ahora ningún aspecto de mi experiencia es igual: las relaciones, el estudio y el trabajo están llenos de una libertad y de una plenitud que jamás había experimentado, mi vida ha cambiado de forma irreversible. Éste es un dato irreductible».

Lo mismo dice otra amiga: «La forma que tenían mis amigos de estar juntos insinuaba algo que excede cualquier medida humana. Y esto me obligó a ir al origen, del que esas mismas personas me hablaron: Cristo. Esto ha dilatado en todos los aspectos de mi vida mi conciencia de pertenecer a algo sólido, más poderoso que las circunstancias del mundo, y que viene de los hombres que viven de un modo deseable, el único que corresponde».

Aquí radica el drama de la pregunta de Dostoievski: saber si este factor existe, si es real ahora. Por eso prosigue así don Giussani: «La fe es un acto del intelecto –dice el Catecismo–, es un acto de conocimiento que reconoce

¹⁹ L. Giussani, *¿Se puede vivir así? Un acercamiento extraño a la existencia cristiana*, Encuentro, Madrid 2007, pp. 199-200.

la presencia de algo que la razón no puede captar, pero que, sin embargo, debe afirmarse, pues de otro modo se eludiría, se eliminaría algo que está en la experiencia, que la experiencia *indica*, y que, por tanto, innegablemente, de alguna forma está dentro de la experiencia; es inexplicable, pero está dentro. Entonces por fuerza, hay en mí una capacidad de comprender, de conocer un nivel de la realidad que es mayor que el acostumbrado, y que la razón me obliga a admitir: [...] el núcleo de la inteligencia cristiana es esto, y es necesario comprenderlo. No hace falta comprender *cómo* Cristo está aquí, hace falta comprender que estamos *obligados a afirmar* que hay algo diferente aquí»²⁰.

Se trata de una gracia que sucede: «El valor del hecho con el que nos topamos trasciende la fuerza de penetración de la conciencia humana, y requiere por consiguiente un gesto de Dios para su comprensión adecuada. De hecho, el mismo gesto con el que Dios se hace presente al hombre en el acontecimiento cristiano exalta también la capacidad cognoscitiva de la conciencia, adecuando la agudeza de la mirada humana a la realidad excepcional que la provoca. Es lo que se llama *la gracia de la fe*»²¹.

Esta imponencia con la que Él se presenta ante nuestros ojos, esa excepcionalidad que tocamos con la mano, exalta la capacidad cognoscitiva, ensancha la razón para poder captar lo que de otro modo no captaríamos: el Misterio presente.

La fe no sólo no teme a un hombre culto, sino que lo exige, requiere un hombre que use la razón de esta forma, hasta el fondo, es decir, un hombre que someta la razón a la experiencia, que sea verdaderamente crítico, por tanto que use el corazón, que valore todo a la luz de sus aspiraciones, de sus evidencias y exigencias últimas, originales. Sin nuestra humanidad no existiría la fe, porque todo parece estar en contra de ella, y nosotros no podemos contentarnos con ser llevados mecánicamente en la cinta transportadora.

Cuando vemos la forma que tenía Jesús de desafiar a los suyos comprendemos que una fe plenamente humana es posible: «Cuando veis subir una nube por el poniente, decís enseguida: “Chaparrón tenemos”, y así sucede. Cuando sopla el sur decís: “Va a hacer bochorno”, y así lo hace»²². La

²⁰ *Ibidem*, p. 199.

²¹ L. Giussani, *Educación es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, pp. 120-121.

²² *Lc* 12, 54-55.

gente del tiempo de Jesús comprendía que los signos de la nube o del viento del sur remitían a otra cosa más allá. Y, sin hacer comentario alguno, Jesús sigue: «Hipócritas: si sabéis interpretar el aspecto de la tierra y del cielo, ¿cómo no sabéis interpretar el tiempo presente? ¿Cómo no sabéis juzgar vosotros mismos lo que se debe hacer?»²³.

Nosotros somos como aquellas personas: no es que no veamos, es más, nos hallamos ante una avalancha de hechos, de signos. No es que falten los signos o que seamos poco inteligentes, es que somos hipócritas, no queremos comprender. La acusación de hipocresía que hace Jesús es adecuada, porque indica la contradicción entre la capacidad de discernir los indicios meteorológicos y la falta de capacidad de discernir los signos de la acción de Dios. Si no lo hacemos es porque decimos que no.

Para adherirnos basta con ser sinceros, leales con lo que sucede, con lo que experimentamos. De esta forma podremos responder que sí, como hombres de nuestro tiempo, de forma razonable, a la pregunta de Dostoievski.

²³ Lc 12, 56-57.

ASAMBLEA

Sábado 5 de diciembre, tarde

Julián Carrón: Hemos dado en el clavo, porque ha salido a la luz la dificultad para reconocer nuestra humanidad como el mayor recurso que tenemos a nuestro alcance. En muchas ocasiones prevalece el escándalo ante ella. Es bonito que salga a la luz, que lo afrontemos juntos, que no tengamos miedo, porque de esta forma podremos ayudarnos a responder a las preguntas y a los problemas que surgen.

Hemos elegido algunas preguntas que expresan las dificultades surgidas en el trabajo que habéis hecho.

Intervención: Premisa: yo soy uno de los que va en la cinta transportadora.

Carrón: ¡Bienvenido al club!

Intervención: Has hablado de la tristeza no como límite, sino como ocasión de tomar conciencia de la naturaleza de mi deseo. A mí me sucede lo siguiente: estoy con mi novia, luego me marcho a casa y siento una gran tristeza, una gran melancolía. Sin embargo, como tú has dicho, he comprendido que esto no es un obstáculo o algo que eliminar; es un signo que me hace comprender lo grande que es mi deseo.

Carrón: ¿Por qué te hace comprender esto?

Intervención: Porque esa persona debería ser lo más bonito para mí, ¿no?

Carrón: O sea, no es que las cosas no te vayan bien, sino que cuando estás con la chica que te gusta a rabiar te das cuenta de que ni siquiera ese momento te basta.

Intervención: Exacto.

Carrón: El problema de la vida surge y comienza a ser percibido en el momento más bonito, no en el feo, no cuando la vida nos trata mal. ¿Por qué ni siquiera esto tan bonito nos basta? Entonces, ¿qué nos basta?

Intervención: De hecho, la pregunta que surge es precisamente ésta: ¿Qué es lo que nos basta? El problema que planteo es el siguiente: en vista de que esta melancolía la siente también mi novia, la siente cualquier hombre, no hay necesidad de estar en esta compañía para sentirla.

Carrón: Perfecto.

Intervención: ¿Cómo transforma y transfigura mi melancolía el encuentro que he tenido?

Carrón: Pero tú, ¿has tenido un encuentro?

Intervención: Sí.

Carrón: ¿Cómo transforma ese encuentro la melancolía?

Intervención: En mi opinión, debería casi eliminarla; en cambio no es así, y éste es el problema. Siento que esto me quema.

Carrón: Exacto, por eso te he hecho salir, porque se trata de algo crucial. Así podremos afrontarlo con todos nuestros amigos. ¿Te gustaría que Cristo te arrancara lo que sientes? Debes mirar esto de frente: ¿Te gustaría no sentir nostalgia de tu novia?

Intervención: No, probablemente me cansaría, es verdad, sin embargo...

Carrón: ¿Te gustaría que tu novia no sintiese nostalgia por ti? Le doy la vuelta para que lo comprendas mejor.

Intervención: No.

Carrón: ¿Qué querría decir si no sintiese nostalgia por ti? Que no le importas nada. ¿Te gustaría? ¿Es esto lo que deseas?

Intervención: No.

Carrón: Debemos tener el valor de mirar estas cosas a la cara. Porque si lo hacemos sin miedo, sin espantarnos, nos daremos cuenta de que tal vez no es una desgracia. El día que tú dejaras de experimentar esta melancolía, ¿qué dirías de tu amor por ella? Entonces, si es así, ¿la melancolía es un bien o una desgracia?

Intervención: Es un bien.

Carrón: Es un bien. Pero entonces, en vuestra imaginación, ¿por qué es mejor eliminarla? Si tú dejaras de experimentar esta nostalgia por tu chica, ¿qué te interesaría de ella? Precisamente porque se trata de un bien precioso, tú experimentas la nostalgia. El día que no la tuvieras, habría acabado todo. ¿Por eso tienes una razón para ir a buscarla?

Intervención: Entonces, en la práctica, ¿la diferencia está en mi forma de mirar esta melancolía? ¿Es ésta la diferencia con respecto a una persona que no se ha encontrado con el movimiento?

Carrón: No, la diferencia es otra. ¿Qué les sucede a los que no han conocido a Cristo? ¿Qué les sucede cuando esta melancolía termina? Que todo se acaba. En cambio, ¿qué introduce Cristo en esa experiencia

humana? Que te la da para siempre y hace que la ames cada vez más. Al que no le sucede esto, ¿qué le pasa? Que todo desaparece, y por eso se hacen leyes a propósito: como se acabará de todas formas, hay que preparar una vía de salida que se llama divorcio. Todos esperan que el amor termine así. Entonces, ¿qué introduce Cristo? Cristo te dice: «Amigo, si tú no dejas entrar en ti Mi vida, no serás capaz ni siquiera de mantener despierta esta nostalgia. Es decir, tu novia por sí misma no es capaz de despertar una nostalgia así: tienes necesidad de Mí, porque sin Mí todo decae. Sólo si Yo estoy en la raíz de vuestro amor podrá éste mantenerse; si Yo no alimento vuestro amor, vosotros no tenéis la fuerza ni la capacidad de mantenerlo despierto, vivo, fresco como al principio». Porque somos unos pobrecillos, y sin Él todo decae. ¿Qué es lo que introduce Cristo? Introduce la posibilidad de que permanezca la belleza de lo que te ha sucedido. Pero no porque te quite la nostalgia, no porque te quite la melancolía, sino justamente porque te la despierta continuamente. ¿O acaso te gustaría que un cierto día tu novia ya no te dijese nada, como sucede muchas veces? La mayoría de las veces, las personas que más nos han impresionado, que nos han conmovido hasta la médula, después de haber experimentado esta melancolía, dejan de decirnos algo en un momento determinado. ¿Cómo es posible? Es posible porque no somos capaces de mantener despierto el interés, y tu novia no tiene ciertamente el poder de despertar continuamente en ti esta nostalgia. Sólo Él —que es tan poderoso— puede concederte esta experiencia para siempre. ¡Cómo te gustaría que fuese así cada vez más! No como nos imaginamos muchas veces o vemos en la experiencia de muchas personas, en donde el resultado es la indiferencia, cuando no el peso, el rechazo: la vida se vuelve insoportable. Jesús no ha venido para inmiscuirse en nuestras cuestiones personales, en nuestras cosas más íntimas: ha venido para salvarlas. Si nosotros le dejamos entrar, si dejamos abierta la posibilidad de que Él despierte esto en nosotros, podrá suceder una cosa así. Pues de otro modo nuestro impulso inicial tiene fecha de caducidad, porque tu novia (y lo mismo puede decirse de ti) no es capaz de despertar el mismo interés del inicio. ¿Por qué no es capaz? Porque estamos hechos para el Infinito, y si vosotros no veis este amor como una relación con Aquél al que remite este amor —pensando que todo está ahí—, las cosas más bonitas, lo más bonito que os haya podido pasar en la vida, decaerá. Imagínate que pusieses todo tu empeño en que no pereciera vuestro amor: ¿Podrías hacer algo? No.

La gente hace de todo, lo intenta todo: viajes, sorpresas, regalos... Mirad la cantidad interminable de intentos que no son capaces de mantener despierto un instante de esa nostalgia que nosotros casi querríamos hacer desaparecer. Esto es lo que introduce Cristo. ¿Te interesa?

Intervención: Gracias.

Intervención: Esta mañana has dicho que para percibir el valor de un hecho, de una persona, se necesita una genialidad humana que no consiste en un cierto nivel de santidad o de irreprehensibilidad ética, sino en una apertura original del ánimo. No he entendido muy bien por qué dices que no se trata de una cuestión ética, porque muchas veces me parece que son justamente mi incoherencia, mi distracción y mi superficialidad las que me impiden tener esta apertura.

Carrón: ¿Por qué es como he dicho yo y no como dices tú? Mirémoslo juntos, porque una de las cosas más bonitas del Evangelio es mirar lo que sucede. Los publicanos, ¿eran coherentes? No, eran pecadores. Publicano y pecador eran sinónimos, el ejemplo de la incoherencia absoluta. De hecho, el oficio coincidía con el pecado, ¡imagínate! No podemos encontrar nada peor. Sin embargo, tomemos el ejemplo de Zaqueo, publicano, jefe de publicanos, es decir, ¡la incoherencia personificada! ¿Acaso le impidió su incoherencia reconocer a Jesús? Ésta es la cuestión central de tu pregunta. La incoherencia que sentía dentro de sí no le impedía reconocerle. La Samaritana había tenido cinco maridos y el que tenía no era el suyo. ¿Acaso esto eliminó la sed que tenía, la apertura que tenía? ¿Le impidió reconocer a Jesús? No. Fijaos en el hijo pródigo: había hecho de todo, se había marchado de casa, había malgastado su parte de la fortuna: el Evangelio no nos ahorra ningún detalle para decir lo incoherente que había sido. Terminó cuidando cerdos, el animal más impuro para un judío, lo más horrible que podía hacer, la mayor humillación. Esto no impidió que, mientras vivía en esa incoherencia absoluta, pudiese pensar: «En la casa de mi padre se vivía fenomenal». ¿Comprendéis? ¿Qué quiere decir esto? Lo más impresionante del Evangelio es que está lleno de historias de personas a las que les suceden las mismas cosas que a nosotros, que viven nuestras mismas dificultades. Por eso, si miramos el Evangelio, encontraremos una respuesta a nuestras preguntas, porque allí Jesús respondió a estas preguntas. Su incoherencia no fue un obstáculo para que Jesús mirara a la Samaritana y a Zaqueo. Y ante

esta mirada salió a la luz toda su humanidad—a pesar de su incoherencia y de su pecado—. Mirad qué grandeza: ni siquiera nuestro mal puede eliminar la apertura del ánimo de la que hablaba antes. ¿Por qué? Porque esta apertura del ánimo es original, pertenece a nuestra naturaleza humana, porque la apertura al Infinito, a la realidad, forma parte de nuestra hechura. Por tanto nada, nada, puede impedir esto: lo único que puede bloquearnos es un movimiento de nuestra libertad, no porque seamos incoherentes, sino porque decimos que no.

Intervención: Pero eso es también una incoherencia...

Carrón: Eso es una decisión de la libertad. Con tu incoherencia puedes decir que sí y puedes decir que no. Los fariseos, que aparentemente eran los más coherentes, dijeron que no; y los publicanos, que eran incoherentes, dijeron que sí. Si tú quieres que Cristo te quite la libertad, esto no es posible, se trata de otro problema. Para nosotros la objeción es la incoherencia. Pero la incoherencia no es una objeción, porque detrás de tu incoherencia permanece tu libertad. Este gesto de ternura de Jesús con Zaqueo perforó la costra de su pecado e hizo salir a la luz su estructura original. Pensad en el buen ladrón: ¡Toda una vida llena de incoherencia! Pero en el último instante sintió una mirada tal que le abrió por completo. Esto puede suceder en cualquier momento de nuestra vida. Toda tu incoherencia no puede impedir que alguien te mire así y reabra de nuevo la partida. Tú puedes decir que sí o que no, pero esto no cierra la partida, porque una mirada así, como en el caso de Zaqueo, del buen ladrón o de la Samaritana, vuelve a abrirla. La incoherencia no es una objeción. Si queréis buscar otra justificación, hacedlo, pero la incoherencia no es justificación. Gracias.

Intervención: ¿Cómo es posible que la tristeza pase de mortificación a signo? En mi experiencia hay un punto decisivo, que es el afecto a mí mismo. También quería preguntar: ¿Por qué, aun habiendo encontrado a Cristo y experimentado Su abrazo y Su mirada, me escandaliza todavía el signo?

Carrón: Porque la mirada de Cristo todavía no ha penetrado en ti, y no es la mirada con la que te miras. Porque, como has visto por todo lo que hemos dicho antes, nuestra humanidad nos sigue escandalizando, y si estamos solos nos escandalizamos de la tristeza, que no se convierte en signo. Pero cuando uno se ha encontrado con Cristo, ¿qué sucede? Que empieza a vislumbrar que su humanidad puede encontrar una respuesta.

Cuando te encontraste con Cristo, ¿percibiste esto?

Intervención: Sí.

Carrón: Perfecto. Tienes todo el camino por delante, vive como los discípulos. Juan y Andrés, desde el primer día, empezaron a entrever esto, pero luego, ¿cuántas veces cayeron? El Evangelio no nos ahorra ningún detalle: no oculta la negación de Pedro, ni disimula la discusión sobre quién era el más grande entre ellos, ni siquiera su envidia mutua... Todo el camino, hasta llegar al «¿Me amas?» dirigido a Pedro. Lo mismo hace con nosotros la Iglesia: nunca se escandaliza de nuestra humanidad, nos abraza siempre. ¿Qué es lo más impresionante de todo esto? Que, como nos testimonia el Evangelio, a pesar de que seguían recayendo y escandalizándose, no podían dejar a un lado a Jesús, que constantemente les abrazaba, les corregía, les acompañaba. Tampoco nosotros, que recaemos siempre, podemos evitar que alguien siga mirándonos así. Y poco a poco la alegría de que exista esta Presencia llega a ser mayor que la preocupación por el propio escándalo. Y acaba tomando la delantera: ¡Menos mal que existes, Cristo! Menos mal que existe esta Presencia que, aunque me equivoque continuamente, me recupera siempre; y uno está contento porque está, porque existe esa Presencia. Como el niño, que puede caer continuamente, pero está su madre; puede equivocarse, puede haber hecho todo tipo de travesuras, puede llorar y experimentar el escándalo, la confusión. Pero, ¿qué es lo que le define? La alegría que está presente. A veces el Señor nos deja caminar según un designio que nos parece misterioso para hacernos comprender: «Mira, aquí estoy». Y, en un cierto momento, uno empieza a mirarse con esta mirada, con esta Presencia, con la compañía de esta Presencia. Y ya no vuelve a escandalizarse.

Intervención: A comienzos de año me diagnosticaron un tumor maligno, y a raíz de mi enfermedad he podido conocer cómo es la verdadera corrupción. No sólo la corrupción moral, como la tristeza, el dolor y la melancolía, sino la que es físicamente visible. Sin embargo esto no me ha producido escándalo. Al igual que los ciegos, los cojos y los mudos, he gritado a Cristo que tuviera piedad de mí, es decir, he llamado a mis amigos para que me ayudasen en esta prueba. Lo divino me ha salvado verdaderamente a través de la mirada de mis amigos, que me han acompañado durante la terapia, y a través de la gratuidad de su apoyo y ayuda incluso después de

largas jornadas de trabajo, como una amiga enfermera que venía todos los días para ayudarme con las inyecciones. Y aunque mi razonamiento no puede llegar a explicarlo, mi experiencia grita Su presencia.

Carrón: Te doy las gracias, porque tu testimonio es lo más bonito que nos ha llegado. ¿Sabéis por qué le ha impresionado mucho lo que hemos dicho esta mañana? Porque era la más necesitada de todos nosotros. ¡Y no figuradamente, sino físicamente! ¿No es así?

Intervención: Sí.

Carrón: Ella es el testimonio de que es verdad lo que hemos dicho esta mañana, de que cuando uno tiene esta necesidad real, entonces no sólo no prevalece el escándalo, sino que está contento porque existe Cristo, y puede comprender. Se pone de manifiesto que nosotros, que decimos muchas veces que partimos de la experiencia, en realidad lo hacemos de una experiencia reducida a nuestros pensamientos, a nuestra imagen, a nuestras tonterías. Pero una persona que tiene una necesidad verdadera, real –como ella– puede hablar así. Y esto no cierra, sino que abre al reconocimiento de lo divino, porque cuanto mayor es la herida que tiene uno, tanto más puede percibir la correspondencia en la respuesta. Es impresionante que el Señor nos conceda ver ante nuestros ojos un testimonio así, que nos dice que cuando existe una humanidad necesitada, verdaderamente necesitada, todo se vuelve fácil. Gracias, amiga.

Intervención: Gracias.

Intervención: Esta mañana nos has dicho: sólo lo divino puede salvar lo humano, sólo Él puede salvar, puede abrazar mi humanidad, puede desvelarme quién soy. Sin embargo, Él es Dios y puede hacerlo, pero nosotros, mortales comunes, ¿cómo podemos hacerlo con los demás?

Carrón: Los discípulos, Zaqueo, la Samaritana, el buen ladrón, ¿con quién se encontraron? ¿Acaso vieron a la Trinidad? ¿Vieron a Dios? ¿Qué vieron, con qué se encontraron?

Intervención: Con un hombre.

Carrón: ¡Un hombre, un hombre! No olvidéis esto: ellos no vieron a Dios, vieron a un hombre y comprendieron que en aquel hombre estaba Dios. Pero lo que vieron fue un hombre. Porque es normal que lo divino pueda salvar, pueda abrazar, pueda revelarme quién soy, pero esto no es el cristianismo. El cristianismo consiste en que Dios se ha hecho hombre,

y era ese hombre el que miraba a aquellos hombres y les hacía reconocer su propia humanidad. Aquí radica la gran diferencia, porque si fuese sólo lo que tú has dicho, ¿qué misterio tiene? Pero esto no es el cristianismo: el cristianismo es que Dios se ha hecho hombre, y que a través de la mirada de ese hombre se comunica lo divino. Lo que experimentó Zaqueo fue una mirada humana, como fue una mirada humana lo que experimentaron Juan y Andrés, la Samaritana, y por eso pudieron comprender que allí había algo de otro mundo en este mundo. Pero era un hombre, es más, sólo este hecho ayudó a comprender a todos los hombres quién era Dios, y lo hizo de una forma que todas las demás religiones que hablaban de Dios no podían ni imaginar. Ahora yo te lanzo un desafío: ¿Podrías encontrar una mirada como la que encuentras en el Evangelio en cualquier otra religión, cuando hablan de lo divino? No la encontrarás, porque Dios se ha hecho reconocer a través de ese hombre. Ésta es la gran novedad de la historia, y todos los que se sintieron mirados así, se vieron transformados por esta mirada; pero los que miraron a otros hombres como ellos habían sido mirados eran hombres, y esto ha hecho posible que esa mirada haya llegado hasta nosotros, y que nos toque como el primer día. Pero, ¿quién es éste que mira así? Todos estos no han visto a la Trinidad, sino que han visto a personas en las que sucedía algo, algo que tocaban con la mano, no era una visión. Pero se trataba de hombres. Nosotros no somos Dios, sino que llevamos lo que hemos recibido, esta mirada que ha penetrado en nosotros, y no podemos dejar de mirar a los demás con la misma ternura con la que hemos sido mirados, reconociendo en ellos la grandeza del deseo que les constituye, sin reducirles sólo a un instrumento de placer o de poder. Porque el Misterio ha querido compartir esto con nosotros, que somos unos pobrecillos, y por eso nos ha plasmado y hecho de nosotros unas criaturas nuevas. De modo que, con todos nuestros límites, no podamos evitar mirar también nosotros así, aunque sea con una brizna de lo que nosotros hemos recibido. ¿Entiendes? Éste es el motivo de que esta mirada haya llegado a ti, a mí y a nosotros, pues es algo que no podríamos ni siquiera soñar. Pero a través de lo humano nos alcanza lo divino. ¿Está claro?

Intervención: Sí.

Intervención: Esta mañana has leído el episodio evangélico de Jesús con los enfermos. Decías que ellos no tenían necesidad de censurar nada, es

más, que era la enfermedad la que les empujaba a buscarLe, y Él les curaba. Yo he aprendido a convivir con mi tristeza; la acepto como un lado un poco oscuro de mi carácter, de mi personalidad. Sin embargo últimamente, en estos años, gracias al trabajo de Escuela de comunidad, he empezado a tomarme más en serio, y es verdad lo que dices, mi sentimiento de soledad se ha convertido en un instrumento privilegiado para mendigar Su presencia y para reconocerLe presente. Pero aún queda abierta una cuestión, porque Jesús curó a aquellas personas. Yo, en cambio... todavía experimento dolor en la tristeza. Entonces hay dos posibilidades: o el ejemplo no es apropiado, porque en el fondo, al curarles, Jesús les quitó su enfermedad, o bien hay algo se me escapa. ¿Es en la relación con Cristo donde encuentra respuesta la necesidad, la enfermedad, sin necesidad de eliminarla? Quería saber también qué experiencia tienes tú de la paz dentro de la tristeza.

Carrón: Nosotros pensamos que la curación coincide con la eliminación de la necesidad. Tú crees que, al igual que curó a los enfermos, tu tristeza se curará si te la quita, ¿no es así?

Intervención: Si me quita el dolor. No la necesidad de Él, que no me molesta en absoluto...

Carrón: Pero, ¿qué es el dolor? Es la necesidad de Él. Siempre recuerdo el ejemplo de los diez leprosos. Los curó a todos. El asunto parecía zanjado, pero a uno de ellos no le bastó la curación, porque la curación tenía una finalidad, que era decirles: «Mira, no estás solo, estoy Yo para cuidarte», porque Jesús sabía que curar la enfermedad no bastaba, no resolvía el drama de la vida. Como dices tú, es una cuestión abierta. Pero Jesús, a través de la curación, quería ayudarnos a comprender que no estábamos solos, que había algo más decisivo que la enfermedad, que es nuestro deseo de felicidad, y que Él estaba ahí. Éste es el testimonio que nos dejó para siempre el leproso que volvió: a él no le bastaba la curación, y por eso no terminó todo ahí; volvió porque sintió nostalgia de Jesús. Para los demás la cuestión estaba cerrada. ¿Qué pasó? Que se perdieron lo mejor, porque lo mejor no era la curación, sino Jesús. Porque cuando se levantaron a la mañana siguiente y se vieron sanos, su necesidad humana seguía intacta, el problema estaba todavía abierto. Jesús vino no para cerrar la cuestión, sino para estar con nosotros, para convertirse en compañero nuestro, para decirnos que no estamos solos con nuestras heridas abiertas. Y todo se vuelve hermoso, distinto, si tú te juegas tu tristeza y tu melancolía en la

relación con Él. Si hubiera “curado” la necesidad del leproso, no habría vuelto; se habría perdido lo mejor, porque lo mejor era Él. ¿Se entiende?

Intervención: Sí, gracias.

Carrón: Como digo siempre, menos mal que a veces Cristo no responde a nuestra imagen, a cómo concebimos nosotros la solución... A algunos les ha respondido así, a los otros nueve les respondió a lo grande, les quitó su enfermedad. Pero sólo uno se dio cuenta de que esto no bastaba para responder a su propio deseo de plenitud. Porque este deseo no se resuelve como una enfermedad, se resuelve en una relación, ¡en la relación con Cristo! Y por eso, si es una relación, siempre estará abierta (como espero que suceda si te enamoras, porque el día que seas “curada” de esto, querrá decir que no te importa tu novio, que no deseas volver a encontrarte con él, que no te asombra mirarle, que no te conmueves ante su amor). Sin relación puedes no tener enfermedad, pero eres como una piedra, y no podrás conmoverte. Jesús no ha venido para que seamos piedras, sino para vivir esta aventura humana: cuanto más te encuentres con Él, más disminuirá el dolor, porque el dolor más grande es que no esté Él. Pero si Él está y yo Le puedo reconocer, puedo conmoverme siempre, sea cual sea la situación.

Intervención: Cuando hablabas esta mañana de la mirada, y de la mirada de Giussani y de su carisma, has dicho que es el signo de la contemporaneidad de Cristo. Giussani te introducía cada vez más en la mirada que Jesús tenía sobre ti. Si soy leal con mi experiencia, debo decir que yo también he reconocido muchas veces en mi vida esta mirada inexplicable. Pero es como si en un cierto punto hubiera como una resistencia última, no sé si debida a que en algunos momentos se insinúa una duda que hace que esta mirada sea algo menos excepcional, es decir, un poco menos única, y la encasille junto con esos mil hechos, junto con esas mil miradas únicas que he tenido en mi vida. Y éstas se convierten casi en anécdotas, en anécdotas nostálgicas, y como consecuencia mecánica de todo esto, de golpe mi humanidad vuelve a ser fuente de escándalo y de fastidio para mí, y tengo miedo de nuevo de mirar de frente mi límite. Por eso te pregunto: ¿Qué más hace falta para que la mirada y el carisma que he encontrado puedan introducirme cada vez más en Su mirada, de modo que pueda estar siempre presente, de forma indeleble, aquí y ahora?

Carrón: Hace falta que estés tú. Porque, como tú misma has dicho, te has encontrado con esa mirada muchas veces.

Intervención: Sí.

Carrón: Entonces, si luego viene la niebla y empieza la confusión, tú puedes utilizar un arma que se llama razón. ¿Entiendes? Y tú, ante estas cosas, debes estar presente y juzgar si es verdadero o no, debes decidir. Si tú dices que todo se vuelve oscuro, debes eliminar la mirada que has experimentado. Pero, ¿qué más puede hacer Jesús por ti que habértela dado continuamente, hasta el punto de que tú ahora, incluso en medio de esta duda de la que hablas, no pues evitar reconocer que se ha producido?

Intervención: Sí, pero no sé por qué no consigo decir que sí.

Carrón: Exacto, porque no es algo mecánico, ¡porque queréis que sea algo que suceda sin vosotros! Yo os aseguro que esto no es posible. Como os digo siempre, yo puedo hacerte un regalo, ¡pero no puedo aceptarlo en tu nombre! Por lo menos esto lo tienes que hacer tú. Jesús puede darte toda esta avalancha de signos, que tú reconoces, pero no te quita la libertad; es más, nosotros pertenecemos a un movimiento en el que hemos oído decir que Jesús ama más nuestra libertad que nuestra salvación. Es decir, no nos deja solos, pero no nos impone una salvación mecánica que no pase a través de nuestra libertad. Te esperará toda la vida, hasta que tú decidas, pero no te ahorrará nunca la posibilidad de decir que sí o que no, porque no sería digno, no sería respetuoso con tu humanidad, con tu grandeza humana. Y Él está tan atento a respetar nuestra libertad, nuestra grandeza, que no se impone mecánicamente, sino que nos invita continuamente. Mendiga nuestro corazón, nos dará todos los signos que necesitemos, volverá a sonreír, pero jamás nos quitará la libertad. Esto es lo que dice don Giussani: el cristianismo tiene un inconveniente, necesita de hombres verdaderos, no robots ni mecanismos, necesita de un “yo” (incluso cuando nosotros queramos sistemas tan perfectos que nos ahorren ser buenos, como dice Eliot, que nos ahorren la libertad). Si queréis lo otro, debéis buscaros otro sitio, otra religión, porque aquí Dios se ha hecho hombre para exaltar al hombre, tal como hemos visto hoy; y tiene tal aprecio por la grandeza del hombre, que no le obliga: le llama, le invita, le atrae, le da todos los signos, pero no le ahorra la posibilidad de decir: “Yo”. Por eso sigue abierta la cuestión.

Intervención: Esta mañana hablabas de la mirada de amor que continuamente se nos propone. Puedo decir que yo la he experimentado a lo largo de mi vida en hechos y personas. El problema es que sólo en algunos momentos tengo conciencia de Su potencia. Mi pregunta es: ¿Cómo es posible que esta conciencia me aferre por completo y resulte siempre clara en lo cotidiano, que sea algo sobre lo que yo pueda cimentar cualquier instante de mi tiempo? ¿Porque con esta conciencia yo podría afrontarlo todo!

Carrón: Lo primero de todo es que tú te des cuenta, aunque sólo sea en algunos momentos, de que has visto algo único y excepcional, que es signo de la contemporaneidad de Cristo. Y esto permanece. Luego, puedo olvidarme por mi fragilidad, puedo decaer, pero lo que visto en ese momento, si he comprendido lo que he visto, permanece. ¿Me explico? Me interesa que lo comprendáis, porque muchas veces vuestra incertidumbre procede de aquí: es como si redujeseis lo que, en efecto, ha entrado en vuestra vida en un momento del tiempo, algo que es único, algo tan excepcional, que es de otro mundo en este mundo, que es lo divino en la historia, que es la contemporaneidad de Cristo. Esto es lo primero a tener en cuenta: se trata de un juicio, y por eso permanece, aunque lo que no permanezca sea yo. ¿Entiendes? Y estoy contento de que Él permanezca, aunque luego yo decaiga; pero es distinto, porque el juicio de que Él permanece es una certeza. Y además, Él no ha entrado únicamente en esos momentos, sino que permanece, permanece como un hecho en la historia para ti, para que pueda volverse cada vez más familiar y superar a todo lo demás. Se trata de un camino. Se vuelve cotidiano para que cada vez que Él se haga presente Le reconozcas de nuevo, y despierte cada vez más en ti el deseo de reconocerLe. Y cuando te falta, porque sientes nostalgia o sientes que hay algo que no es como lo que has experimentado, sientes en ti la urgencia de hacer memoria de Él, como de la persona amada. Y así, poco a poco, Cristo llega a ser cada vez más una compañía cotidiana para la vida, y no sólo en algunos momentos. Pero sucede según un camino humano, según la dinámica de la construcción de una relación humana, ¿entiendes?

Intervención: Por tanto, el problema es vivir la memoria en lo cotidiano.

Carrón: Es la memoria, el problema es la memoria. Y por eso digo: tu principal recurso es tu necesidad. Una vez que uno se ha encontrado con

Cristo, la nostalgia y la soledad—que son los síntomas de que te falta algo—se convierten en el recurso que puedes utilizar para hacer memoria de Cristo, un recurso que te empuja a buscarLe. Y así, sin escandalizarte de tu olvido, utilizándolo como recurso, tu tristeza se convierte en el instrumento para acordarte de Él. Entonces, en vez de ser una maldición, mi humanidad se convierte en una bendición. ¿Por qué? Porque todo me habla de Él, todo me remite a Él, todo es ocasión de sentir nostalgia de Él.

Intervención: Esta mañana nos has preguntado si para nosotros Cristo es un hombre presente hoy, es decir, ahora, en este momento, o bien es un hombre que estuvo presente hace dos mil años. Yo reconozco que Cristo está presente en medio de nosotros cada día, y espero por tanto que predomine en mí un sentimiento de alegría por su presencia. Sin embargo la tristeza y la insatisfacción, que son los síntomas de esta humanidad de la que hemos hablado esta mañana, a veces consiguen prevalecer por encima de Su presencia. ¿Por qué sucede esto?

Carrón: Entonces, ¿qué es lo que prevalece?

Intervención: ¿La tristeza?

Carrón: Que exista la tristeza no quiere decir que prevalezca y que pueda eliminar esa Presencia que te ha llenado de alegría. La Presencia está. Trata de imaginarte a Pedro y a Juan. Cuando se sentían tristes, ¿es que Cristo no estaba? ¿Es que no se habían encontrado con Él? ¿Quién vencía, el sentimiento pasajero de tristeza o esa Presencia que se imponía ante sus ojos? Ésta es la cuestión. Porque nosotros pensamos muchas veces que como tenemos estos sentimientos, pueden llegar a vencer; pero el problema es si esa Presencia es un hecho tan real que llene la vida de alegría. Porque sin esto tú no Le habrías podido reconocer, y sin embargo me dices que Le has reconocido. ¡Entonces ha vencido! También en los momentos de tristeza. El problema es que estas dos cosas os parecen incompatibles...

Intervención: Pues sí.

Carrón: El hecho de que tú estés triste en ese momento, no quiere decir que Él no esté, ¿comprendes? Tú estás contenta de que Él esté, pero piensas: «Si existe esta Presencia, quiere decir que debe eliminar todo lo demás». Y no es así. La tristeza sucede para que yo me dé cuenta cada vez más de la gracia que supone Su presencia.

Intervención: Gracias.

Intervención: Yo siempre he tratado de ser leal con mi tristeza. El problema que descubro es que no veo un cambio, y por eso me impresionaba lo que decías hoy de que no percibimos los signos de Su presencia: no dejamos de percibirlos porque no podemos, sino porque no queremos. Y no consigo comprender bien qué quieres decir con esto, porque a mí efectivamente me cuesta mucho percibir esos signos, y querría entender a qué te refieres cuando hablas de hipocresía.

Carrón: Cada uno debe comprender en su propia vida todo lo que yo he dicho. Si tú no ves los signos porque no existen, es algo distinto, entonces no hay hipocresía. El problema es que Jesús hablaba ante personas que tenían ante sí una avalancha de signos (tú deberás responder personalmente si estás ante esta avalancha de signos o no). No es que seamos tontos, sabemos interpretar perfectamente los signos, y los signos nos remiten a otro lugar. Por las nubes llegamos enseguida a la certeza de que pronto lloverá. Y Jesús dice: «Vosotros tenéis aquí más signos que una nube. Entonces sois hipócritas, porque os resistís a reconocer estos signos y a extraer todas las consecuencias que se derivan de ellos. Porque estos signos muestran quién soy Yo, todos estos signos son la expresión de mi “Yo”, la expresión de lo que Yo soy». Tú tendrás que ver. Yo no estoy haciendo un juicio sobre ti, cada uno tendrá que juzgar lealmente si no ha visto ningún signo (entonces no es hipócrita), o si está ante estos signos y aun así se resiste (entonces es hipócrita).

Intervención: He comprendido, gracias.

Intervención: Esta mañana nos has dicho que la fe es una inteligencia nueva sobre la realidad, una inteligencia de la experiencia. Yo quería saber cómo se da esta inteligencia, es decir: ¿Sucede como una consecuencia natural del reconocimiento de esta alteridad, de este Misterio y del carácter inexplicable de la realidad?

Carrón: Lo que dice don Giussani es muy sencillo. Como hemos visto en los testimonios que hemos leído esta mañana, muchos de vosotros estáis aquí porque habéis visto dentro de la realidad algo que vuestra inteligencia ha tenido que reconocer, algo distinto. Y esto ha desencadenado vuestra curiosidad, y habéis tratado de explicar en qué consiste esta diferencia. Y hemos dicho: si nosotros eliminamos ese origen último, debemos eliminar algo de nuestra experiencia. Pero, ¿cómo percibimos ese origen último, lo

que hay dentro de la experiencia? Lo captamos con eso que llamamos fe, porque la fe es una inteligencia nueva sobre la realidad. Esta Presencia tiene la capacidad de ensanchar tan poderosamente la razón, de abrirnos con tal potencia, que nos permite captar lo que hay dentro de la realidad. Cuando ves cuánto te quiere una persona y la conmoción que te produce, ves que ahí dentro hay algo que te empuja a tratar de comprender algo que no ves, pero que no puedes eliminar de la experiencia. No es que lo toques con la mano, tocas sus signos. Si tú niegas su existencia, si tú niegas que tu madre te quiere, debes eliminar algo de tu experiencia. Creer que tu madre te quiere es una inteligencia nueva sobre la realidad. Es un ejemplo para ayudarnos a comprender que cuando nosotros hacemos esto, estamos reconociendo algo dentro de la experiencia: en efecto, si no creemos que nuestra madre nos quiere, debemos eliminar algo. Es una analogía para ayudarnos a comprender que la fe tiene esta misma dinámica, que nosotros encontramos algo dentro de nuestra experiencia que nos vemos obligados a reconocer si no queremos negarla. A esto lo hemos llamado “gracia de la fe”, porque tú no podrías reconocer esto sin la presencia de Cristo, sin la presencia de algo en tu experiencia que te abre por completo. Tú no podrías adherirte al significado verdadero de la realidad si Su presencia no abriera toda la capacidad de tu inteligencia. Entonces llevas a cabo el gesto más razonable que pueda haber: reconocerLe. No hace falta ninguna visión, sólo necesitamos ser leales hasta el fondo con esa experiencia. Por eso todo se juega en la lealtad con la experiencia que tenemos, en ceder ante la apertura de mi razón, de mi inteligencia, de mi capacidad de percibir lo que hay dentro de la experiencia, y que yo no podría percibir si no existiese una Presencia tan fascinante, tan imponente. Esto es la fe. Nadie dice que creer que tu madre te quiere sea irracional, pero es una inteligencia plena de tu experiencia.

La fe es una inteligencia plena de la experiencia del encuentro con una humanidad distinta, con una excepcionalidad que facilita su reconocimiento. Como podéis ver, tenemos un largo camino por recorrer, pero podemos acompañarnos en este camino.

Domingo 6 de diciembre, mañana

Durante este tiempo de Adviento, la Iglesia mira a cada uno de sus hijos con la misma mirada de la que hablábamos ayer, con una ternura sin límite, con un abrazo sin fin. Y esto lo hace para que cada uno de nosotros pueda experimentar sobre sí mismo la conmoción con la que el Misterio mira nuestra vida, en donde nada queda excluido de esta mirada, ni siquiera esas cosas que nosotros casi no somos capaces de mirar. Es lo que hace la Iglesia con el canto *Rorate*, invocando al Señor.

Ne irascaris Domine, ne ultra memineris iniquitatis: no te enfades, no te enojas con nosotros, no te detengas ante nuestra iniquidad; *ecce, civitas sancti facta est deserta, Sion deserta facta est, Jerusalem desolata est*. Las palabras que describen la situación se usan sin miedo: una ciudad desierta, desolada, una ciudad que estaba hecha para santificar Su gloria, para alabar a Dios, como habían hecho sus padres. Pero esta ciudad está desierta. ¿Por qué? *Peccavimus*, nada queda excluido de esta mirada; *facti sumus tamquam immundus nos*, ahora estamos sucios. ¿Por qué? Porque hemos cedido, *cecidimus quasi folium universi*, nos hemos dejado arrastrar como hojas de otoño, *et iniquitates nostae, quasi ventus, abstulerunt nos*, nuestros pecados nos han llevado de aquí para allá como el viento; has escondido Tu rostro y nos has abandonado a nuestras iniquidades. ¿No incluye esta descripción todo lo que hayamos podido hacer? ¿Qué podemos oponer a este abrazo, a este realismo sobre la vida de cada uno? ¿Es necesario que escondamos todavía algo en un armario cerrado, donde no pueda penetrar una mirada así? ¿De qué tenemos que defendernos? La Iglesia no tiene miedo de nada, ni del desierto, ni del mal, ni de nuestra fragilidad, ni de nuestro ser arrastrados como el viento, y pone todo esto ante nosotros. *Vide, Domine, afflictionem populi tui*, mira nuestra aflicción, el peso que llevamos encima, *et mitte quiem missurus est: emitte Agnum dominatorem terrae*, manda a Aquél que estás a punto de enviar, al Cordero, que es el Señor: ¡Mándalo para que nos consuele! *Consolamini, consolamini popule meus: cito veniet salus tua*, llegará, está a punto de llegar tu salvación; *quare moerore consumeris*, ¿por qué te consumes en la amargura de tu mal, de todo lo que no está en su sitio?

Consumirse. ¿De qué tienes miedo? *Salvabo te*, te salvaré, *noli timere*, no tengas miedo. Porque *ego, enim, sum Dominus Deus tuus*, yo soy el Señor tu Dios, *Sanctus Israel, Redemptor tuus*, tu Redentor.

Amigos, ésta es la mirada con la que Dios nos mira a cada uno de nosotros a través de Su cuerpo que es la Iglesia, a través de una mirada humana. Por eso no existe nada, nada que quede excluido de este abrazo; no hay nada que se quede fuera, no hay mal, por mucho que nos pese, no hay situación, por mucho que nos agobie, que no sea abrazada. Ningún mal, ninguna dificultad, ninguna circunstancia, ningún pecado. Si es así, ¿quién puede sentirse excluido de este abrazo lleno de ternura, de esta mirada llena de afecto? Cómo me gustaría abrazaros uno por uno para poderos comunicar la conmoción con la que el Misterio nos mira, nos abraza, para que experimentarais esta conmoción. Porque éste es el Misterio que hemos conocido, y es tan distinto, amigos, tan distinto, que sólo puede ser divino, porque a nadie le entra en la cabeza algo así, ¡es imposible que un hombre pueda generarlo!

¿Comprendéis por qué Cristo afirma en un momento dado: «Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis. Porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que oís, pero no lo oyeron»²⁴? Esta alegría recorre todo el Evangelio, porque hay muchos hombres en el mundo que habrían querido escuchar algo así.

Nosotros necesitamos la contemporaneidad de Cristo; por eso el Manifiesto de Navidad refleja la mirada con la que podemos mirarnos, una mirada que lleva a sus espaldas el malestar que hay en cada uno de nosotros: «Ahora bien, con mis fuerzas que flojean, con mi cansancio, mi fácil melancolía, con ese masoquismo extraño que la vida actual favorece, con esta indiferencia y con el cinismo que la vida de hoy ofrece como remedio necesario para no sufrir un cansancio excesivo e indeseado, ¿cómo puede uno, en nombre de un discurso, aceptarse y aceptar a los demás? No podemos permanecer en el amor a nosotros mismos si Cristo no es una presencia como la madre lo es para su hijo. Si Cristo no es una presencia ahora –¡ahora!–, no puedo amarme, ni puedo amarte a ti, ahora»²⁵.

²⁴ Lc 10, 23-24.

²⁵ L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, op. cit., pp. 76-77.

Ésta es la única posibilidad que tenemos de amarnos ahora, de abrazarnos ahora: reconocer Su presencia ahora. No se necesita una capacidad especial, una coherencia particular ni una energía determinada: basta con dejarse abrazar ahora, basta con que Le reconozcamos ahora. Y que Él está presente ahora resulta tan evidente por lo especial de esta mirada que, por un lado, nos hace experimentar un alivio inmediato, un respiro único y, por otro, casi una resistencia, pues es algo completamente diferente, algo no generado por nosotros, algo distinto, divino. Porque siempre tenemos esta duda que nos pesa: pero, ésta mirada, ¿es real o nos la inventamos? La fe, ¿es creación o reconocimiento? Haced las cuentas con vosotros mismos, tratad de imaginar si una cosa así, que es el signo de Dios presente que tiene todavía piedad de nosotros, se os podría pasar por la cabeza... El movimiento nos ofrece este instrumento que es el Manifiesto, para que no olvidemos que, al igual que no existe mapa en el que no salga América, no existe realidad –sea cual sea el momento que estáis pasando, la aridez que experimentáis, la lejanía que sentís, el mal que os oprime, el dolor que sentís–, no hay realidad en donde no esté Su presencia. Esto no lo decidimos nosotros; podemos no reconocerLe, pero no está en nuestras manos apartarle.

En una conversación con los universitarios don Giussani dijo: «La huella que el Manifiesto ha dejado en nosotros es una petición, una posición de petición personal: no hemos dado por descontado sin más el trabajo que hemos hecho, después de haber comprendido y de haberlo englobado en la propia experiencia, para terminar dejando a nuestras espaldas la propuesta que encierra, sino que nos hemos encontrado el Manifiesto delante de nosotros, no detrás, como contenido de una petición. *Giussani*: Perdonadme que interrumpa, pero esta imagen es demasiado bonita: “El Manifiesto delante y no detrás de sí”. ¡Se nos ha puesto delante! Normalmente, las cosas se nos ponen delante, nosotros las estudiamos un poco y luego nos las echamos a la espalda, como si ya fuese algo adquirido [así es como trituramos los textos, y luego esperamos a que llegue el siguiente, una nueva consigna, un nuevo pensamiento, una nueva genialidad, porque estamos hartos y tenemos que cambiar]. Esto quiere decir que nunca son una verdad, porque la verdad siempre está delante, siempre. Como el Manifiesto, que siempre está delante. En el movimiento hay personas (os ruego que estéis atentos, porque vosotros sois los más propensos a este error) que ya “saben” lo que dice el movimiento, y esto

es una tragedia. Para los que viven así, el movimiento nunca ha sido una verdad, ¿entendéis? ¡Aunque fuese el rector magnífico de la universidad de Tolentino! Es una imagen demasiado bonita: “El Manifiesto está delante”. He interrumpido, me he permitido interrumpir para subrayar que [...] la verdad siempre está delante. Esta observación es la confirmación de la famosa frase que repito por enésima vez en este año: “Los hombres raramente aprenden lo que creen ya saber”. ¡Tampoco comprenden lo que creen ya saber! Ayer, mientras hablaba en la Jornada de fin de curso de los adultos de Milán, me vino a la cabeza un pensamiento que me impresionó: cuanto más escuchas y miras la verdad, más nueva se vuelve. Ésta es la característica de la verdad. Cuando uno dice: “Esto ya lo he oído antes”, es porque nunca lo ha comprendido o porque no es verdadero»²⁶.

Podemos decir, amigos, que nada es un obstáculo. Y por este motivo, porque Él está ante nosotros, la Iglesia espera en este tiempo de Adviento. Porque el tiempo de Adviento, como ha dicho el Papa, es el tiempo de la espera. ¿Por qué esperamos? Porque Él está. Muchas veces damos por descontada la espera, pero hay mucha gente que no espera nada y, cuanto más pasan los años, más difícil resulta encontrar a alguien que espere. Mirad a ver cuántos adultos de cuarenta años conocéis que no sean escépticos, y tal vez empezaréis a comprender que esperar no es algo obvio. Entonces la Iglesia, que tiene mucho más de cuarenta años –¡tiene dos mil!–, ¿por qué sigue esperando? ¿Por qué sigue celebrando este tiempo? ¿Por qué no ha dejado de esperar? No lo demos por descontado, amigos: ¡Es un hecho! Haced las cuentas. Porque el hecho de que uno espere es signo de que hay alguien que despierta siempre esta espera.

El Papa ha dicho: «La esperanza marca el camino de la humanidad, pero para los cristianos está animada por una certeza: el Señor está presente a lo largo de nuestra vida, nos acompaña»²⁷. Nosotros podemos esperar por la certeza de un presente –¡precioso!–. Como hemos estudiado al hablar de la esperanza en la Escuela de comunidad, el tiempo se convierte en algo distinto: «Si el tiempo no está lleno de un presente cargado de sentido, la espera puede resultar insoportable; si se espera algo, pero en este momento no hay nada, es decir, si el presente está vacío, cada instante que pasa parece exageradamente largo, y la espera se transforma en un

²⁶ *Ibidem*, pp. 279-280.

²⁷ Benedicto XVI, *Celebración de las primeras vísperas de Adviento*, 28 noviembre 2009.

peso demasiado grande, porque el futuro es del todo incierto. En cambio, cuando el tiempo está cargado de sentido, y en cada instante percibimos algo específico y positivo, entonces la alegría de la espera hace más valioso el presente. [...] Y si Jesús está presente, ya no existe un tiempo sin sentido y vacío. Si Él está presente, podemos seguir esperando incluso cuando los demás ya no pueden asegurarnos ningún apoyo, incluso cuando el presente está lleno de dificultades. Queridos amigos, el Adviento es el tiempo de la presencia y de la espera de lo eterno. Precisamente por esta razón es, de modo especial, el tiempo de la alegría, de una alegría interiorizada, que ningún sufrimiento puede eliminar. La alegría por el hecho de que Dios se ha hecho niño. Esta alegría, invisiblemente presente en nosotros, nos alienta a caminar confiados»²⁸, porque lo que domina la vida es esa Presencia, ese Tú que hace de la vida algo distinto.

Escribe don Giussani en este texto clamoroso: «No debemos olvidarnos jamás de que hay un hombre que nació de una mujer hace dos mil años y que ahora está presente en nuestra vida y nos llama. Y ese hombre es Dios. [...] Desde el momento en que lo reconozco, no deseo nada más: eso es todo. El *Tú* es suficiente y, desde el momento en que lo reconozco, no hace falta nada más. Yo soy un pobre pordiosero, piojoso, ignorante, patoso y traidor. Pero desde el momento en que te reconozco, en que digo “Tú”, lo demás sobra, el resto desaparece. [...] “¡Esas cosas no han existido jamás! Sólo Él es”. No es mentira. Es así, ¿entendéis? Pero decir esta frase quiere decir realmente cambiar la piel, cambiar de mentalidad o, mejor aún, cambiar la concepción que se tiene de la vida. Para concebir [...] se necesitan dos progenitores (uno solo no puede concebir, excepto en los estratos inferiores de la vida). Por eso, únicamente con una Presencia es como tú puedes concebir: al reconocer esa Presencia, concibes las cosas de un modo nuevo y, si dices “Tú”, el resto ya no importa. [...] *Tú*. *Tú* es algo que se dice con el dedo índice, los ojos, el corazón y la mente fijos en una Presencia, en una realidad presente; una realidad presente para la cual –puesto que no es un trozo de madera, ni un pedazo de roca, ni siquiera una estrella, sino una persona– la única palabra que puedes usar es *Tú*. El problema es que con todos nuestros razonamientos tratamos de esconder lo mejor posible la fuerza totalizadora, el valor totalizador que tiene este *Tú*. Decimos “Tú” como si dijéramos –no sé– “¡Jamón!”, “Tú, jamón”. Y, cuando lo dices así, se reduce, se reduce para hacerlo lo más sutil

²⁸ *Ivi*.

posible, para quitarle el mayor peso posible, para robarle. Nosotros decimos “Tú” intentando robarle algo, mientras que *Tú* es todo. Y, de hecho, la alternativa a ese *Tú* no es todo lo demás, sino la nada: la alternativa a este *Tú* es el vacío, la nada. Al decir “Tú”, cuanto más intentamos salvaguardar algo de nuestra capacidad, de nuestro valor, excusar nuestros defectos –como si dijéramos: “Tú, pero... Tú, pero...”–, cuanto más hacemos esto, más estamos blasfemando, hablando mal de Dios. [...] Puede dejar que nos debilitemos todo lo que quiera, puede dejarnos así como somos hasta que Él quiera, pero fuera de Él no hay nada, una nada convertida, por un juego óptico, en polvo atmosférico, que se llama... apariencia. Una apariencia que del amanecer al anoecer se deshace y se esfuma como rocío, como el rocío de la mañana. [...] Y para decir con pudor y con verdad la palabra “amar”, lo justo es sustituirla por la palabra “espera”. La espera contiene el amor porque significa “tender a”, pero es un tender que aguarda sin pretender establecer los tiempos ni los modos»²⁹.

¿Quieres decirle a la persona amada que la quieres, o quieres que lo diga una máquina en tu lugar? Muchas gracias, no quiero que nadie me ahorre esto. Yo quiero decirle “Tú” a Cristo cada día. El instante lleva dentro de sí esta densidad, la posibilidad de decirle “Tú” a Cristo otra vez, como algo que sucede ahora. Se trata de una gracia por la que Él me aferra, me arranca de la distracción, se hace presente ante mí y yo, conmovido por esta iniciativa del Misterio hacia mí, puedo decir: «Tú, Cristo. Tú, Cristo».

Esto es posible por el afecto que la Navidad ha introducido en la historia. «La Navidad es la fiesta del afecto, del afecto de Dios por el hombre»³⁰, precisamente para poder despertar este afecto en el hombre, porque si no despierta este afecto en nosotros, somos como una mina flotante, como hojas arrastradas por el viento, arrastradas por nuestras estupideces. ¡Qué ternura!

Por eso os deseo para este tiempo «convertir la presencia de Cristo en preferencia humana»³¹. Que Su presencia se convierta cada vez más en una preferencia humana que os aferre por completo, desde las entrañas, hasta llegar a decirLe, conmovidos y agradecidos: «Tú».

²⁹ L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, pp. 241-244.

³⁰ L. Giussani, «Navidad, la ternura de Dios», en *Huellas-Litterae Communionis*, diciembre 1991.

³¹ L. Giussani, *Afecto y morada*, op. cit., p. 97.

INTRODUCCIÓN

Viernes 4 de diciembre, noche 3

LECCIÓN

Sábado 5 de diciembre, mañana 9

ASAMBLEA

Sábado 5 de diciembre, tarde 25

SÍNTESIS

Domingo 6 de diciembre, mañana 40